




"Herbario sonoro"

Raúl de Tapia
Joaquín Araújo

Introducción: Tomás Fernando Flores
Director de Radio 3

Prólogo: María José Parejo Blanco
Directora del programa "El Bosque Habitado". Radio 3





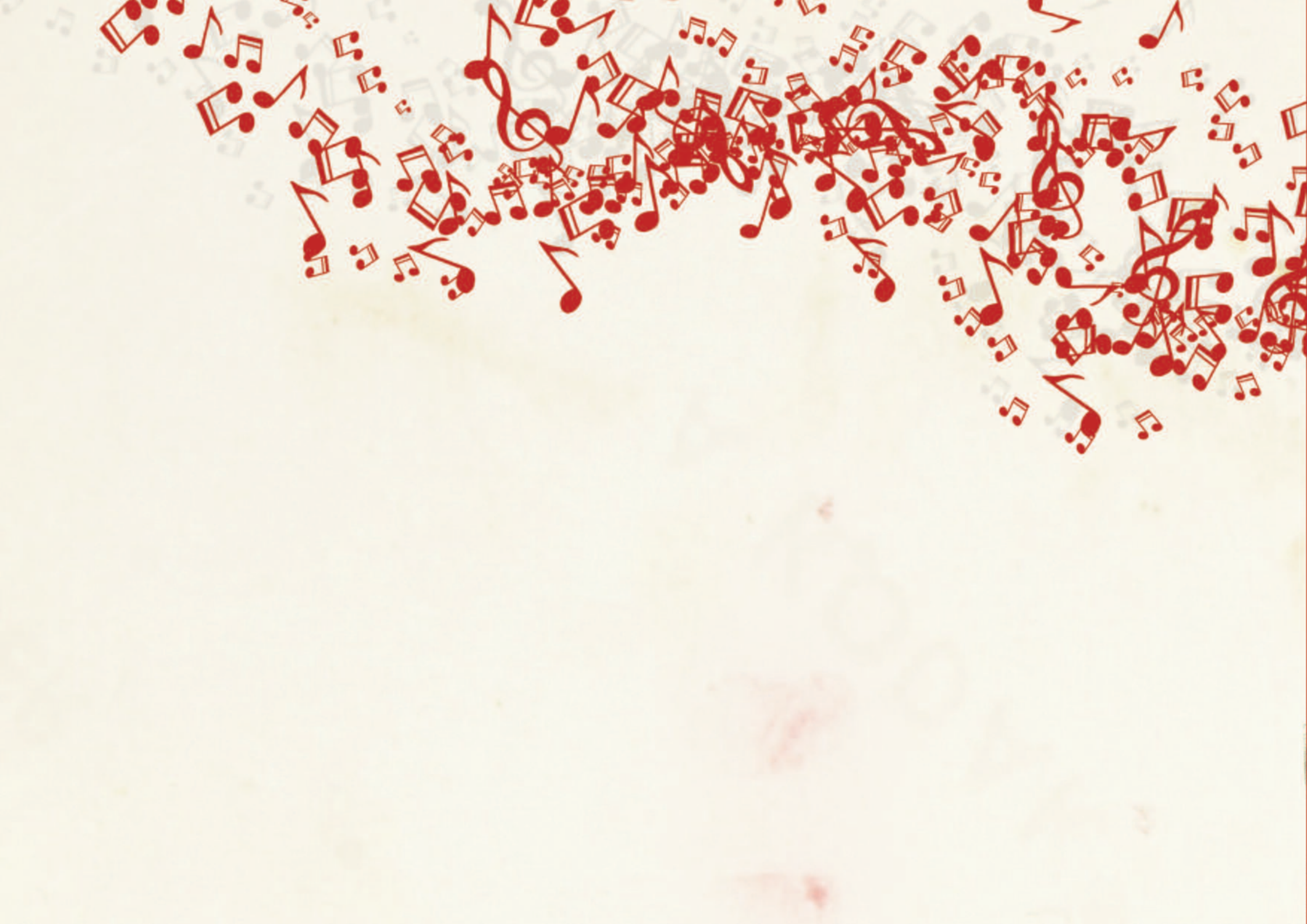
"Herbario sonoro"

Raúl de Tapia
Joaquín Araújo

Introducción: Tomás Fernando Flores
Director de Radio 3

Prólogo: María José Parejo Blanco
Directora del programa "El Bosque Habitado". Radio 3

radio 3



"Herbario sonoro"

Raúl de Tapia
Joaquín Araújo

Introducción: Tomás Fernando Flores
Director de Radio 3

Prólogo: María José Parejo Blanco
Directora del programa "El Bosque Habitado". Radio 3

Título original: Herbario Sonoro de El bosque habitado
Textos de Raúl de Tapia y Joaquín Araujo

© De la edición: Raúl de Tapia Martín
© De los textos: Raúl de Tapia y Joaquín Araujo
© Diseño Gráfico: Coral Corona CMÁSC Publicidad

Corrección ortotipográfica: Ana Belén García Carlos
ISBN: 978-84-09-02137-6
Depósito legal: DL S 181-218

Impreso en España
Artes Gráficas

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

https://solidaridadobrerera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

Queda prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Los beneficios económicos resultantes del presente libro han sido donados por los autores al proyecto "Arte Emboscado" de la Fundación Tormes Espinosa Barro.



Índice “Herbario sonoko”

Introducción: El bosque en la radio	10	25. Guárdame	62
Prólogo desde El bosque habitado	12	26. Guerra hambrienta	64
1. A hierbas por San Juan	14	27. Herbario de Biodiversidad	66
2. Aguazales	16	28. Herederas del Carbonífero	68
3. Ahora que todo son jaramagos	18	29. Huertos de eterno verano	70
4. Albor de abedules	20	30. La última deidad	72
5. Aquella tarde de amapolas	22	31. Las flores horarias del magnolio	74
6. Atarse las botas	24	32. Las fumaradas de curry	76
7. Botánica de cayada y mandilón	26	33. Las lechugas del señor Remigio	78
8. Brezos, cortines y abejas	28	34. Lo que queda del campo en la ciudad	80
9. Cicuta, muerte y ley	30	35. Los trazos del palmito	82
10. Condena de flor	32	36. Lúpulo voluble	84
11. Cuando la albahaca se estremeció	34	37. Margaritas caligrafiadas	86
12. De centenos y castaños	36	38. Modelar desde las plantas	88
13. Del nopal y los exilios	38	39. Palabras que sangran	90
14. ¿Dónde están los libros?	40	40. Pide un deseo	92
15. El año sin verano	42	41. Plantar cañaverales	94
16. El Cartero de Almeida	44	42. Pobreza solemne	96
17. El libro de los venenos	46	43. Retrato de Charles Darwin	98
18. El primer cantero de helechos	48	44. Señales de néctar	100
19. En sombras	50	45. Sublimidad	102
20. Ensoñación de cipselas	52	46. Tiempo para mí, tiempo de verdolagas	104
21. Eucalipto: mentiras desveladas	54	47. Un sisón entre achicorias	106
22. Expediciones al presente	56	48. Una linde en el silencio	108
23. Frente a un llantén	58	49. Vengo de existir en otros	110
24. Golondrinas para Elba	60	50. Y dios nació mujer	112
		Postdata	115



Introducción: El Bosque en la radio

Cada domingo cuando suenan esas pisadas sobre la nieve, comienza El Bosque Habitado, un escenario boscoso donde hablamos del mundo y de la vida. Ambas realidades a través de un programa que ha creado una comunidad muy especial, de la que nos sentimos muy orgullosos en esta Radio 3, concebida como un medio de comunicación único por su apoyo a la cultura.

Un escenario sonoro que busca la trascendencia y la comunicación en nuestro siglo XXI, donde esta transformadora creación de su directora está provocando, a través de la radio y las redes, una nueva forma de propagar las necesidades y soluciones a todo lo que influye sobre la naturaleza.

El Bosque Habitado está elaborado con cariño y se nota en cada minuto. Con un lenguaje propio que habla de lo que nos rodea, de los árboles, de los paisajes, de los que los habitan... es decir, del ambiente entero, y por supuesto, de las sensaciones compartidas como seres vivos.

Contenidos con rigor que buscan la empatía con nuestro hogar común, nuestro planeta. Y, como todo Radio 3, innovando en los formatos, uniendo música, literatura, poesía y ciencia. Creando una atmósfera con la personalidad propia.

El Bosque Habitado es un programa divulgativo y también un espejo comprometido, donde los oyentes se ven reflejados. Muchos kilómetros recorridos para conversar con gentes del medio rural y urbano, de tú a tú, para generar así un torrente de sonidos, producido con sensibilidad.

María José Parejo nos contagia con su pasión y entusiasmo, con su convicción para hacer entre todos un mundo mejor con un futuro apasionante.

Tomás Fernando Flóres
Director de Radio 3



Prólogo desde El Bosque Habitado

Desde niña siempre quise hacer un herbario. Y lo intenté en varias ocasiones. Sencillos herbarios donde las protagonistas eran flores, hojas, tallos y semillas prensadas y debajo su nombre vulgar, o parte de él, si es que había conseguido que alguien me ayudase a identificar mis recolecciones del patio del colegio o el descampado de mi barrio.

Creo que el día que le propuse al director de la emisora donde trabajaba, Tomás Fernando Flores, hacer un programa de árboles y de literatura estaba creando un contrato profesional conmigo misma para aprender por fin los secretos del mundo botánico. Al menos los más seductores. La literatura era mi contribución a este universo para hacerlo más apetecible incluso a mis ojos. Pronto descubrí que tendría que poner mis cinco sentidos, y algunos otros que he ido identificando, al servicio del mundo vegetal.

Los árboles serían, si acaso, generosos, y lo fueron. Y de su generosidad y de la de Radio 3 surge *El bosque habitado*. Pero yo seguía soñando con un precioso herbario finisecular. Raúl de Tapia empezó a hablarme de plantas y las plantas comenzaron, junto a los árboles protagonistas, a aderezar nuestro paisaje emocional y profesional. Así se inicia una sección semanal, el *Herbario Sonoro*, firmada por Raúl Alcanduerca, que es el alias botánico en las redes sociales de su autor (la alcanduerca, una planta que tenéis que descubrir con este peculiar nombre local). Lo más sorprendente es que un nuevo género no sólo radiofónico sino también literario y, por qué no decirlo, científico había nacido. Prosa poética y botánica. Ciencia y lírica. Sin duda, una forma de divulgación infalible.

Además, integraba, como hacen los grandes divulgadores científicos, como hacía el mismo Félix Rodríguez de la Fuente, a las paisanas, a los paisanos, a los guardianes y cultivadores de la naturaleza. Era también un herbario de paisanajes.

Y entonces llegaron los jaramagos, las verdolagas, las pamplinas, el diente de león... a veces flores, amapolas, achicorias... y también árboles, que son plantas como nos demostró el gran Francis Hallé para quien lo dudara.

Y el Herbario Sonoro tuvo nombre de mujer, en realidad de varias mujeres con grandes voces de esta radio pública nuestra: Isabel Ruíz Lara, Carolina Alba y Pilar Socorro. Y yo recibo cada semana la entrega de este herbario y voy completando y soñando su emisión, con la textura de las voces y matices de mis compañeras radiofónicas y con la música de "Cosmos", de Carl Sagan, porque es mi entrada al infinito universo del mundo vegetal. Tan antiguo y tan moderno, como nos ilustra Stefano Mancuso en su enfoque bio-inspirado. Porque sí, "las plantas conocen cuáles son las mejores soluciones a la mayor parte de los problemas que afligen a la especie humana desde tiempo inmemorial".


Una obra de arte lo es desde el principio de su inspiración. Desde la primera página del primer herbario escrito por Alcanduerca, pasando por su guionización, su ambientación musical, la grabación y el montaje dentro de cada edición de *El bosque habitado*. Una obra de arte se va haciendo grande porque el arte es capaz de generar brotes y renuevos en todo tiempo y espacio. Y el herbario fue haciéndonos soñar a todas y a todos, especialmente a Raúl.

Tenía que ser libro encuadernado, imaginado y dibujado, coloreado y estampado, enmarcado y editado y... comentado y caligrafiado. Y así es como llega a su emboscadura. No pudo Joaquín Araújo dejar de observar y escuchar las piezas herborizadas y aportar su semilla lógica y ecológica. Son sus seductores "repentismos", actos reflejos cargados de reflexión, que surgieron mientras los leía en su finca de la Vento, al amanecer o al anochecer, de nuevo emboscado. Entonces su mano precisa, juguetona, de calígrafo chino envolvió en un abrazo naturalista lo que ya no podía llegar más lejos, porque ¿quién podría ilustrar este sueño de papel maché y onda de la sonosfera, para sumar belleza y traducir las descripciones botánicas en destellos impactantes? Y una gran artista, Coral Corona, completó el proyecto que seguramente un día las plantas decidieron hacer realidad, reunidas en una asamblea en medio del bosque umbroso. Las herbáceas y sus historias, su poética, su ciencia, su arte, y las muchas horas que hacen pasar a los hombres y mujeres que las aman en el campo, más con botas que con batas.

Los diversos mutualismos creativos, científicos y gentilhumanos que se enredan en este Herbario Sonoro son la prueba de que sí, que la Revolución de los Conmovidos y de las Conmovidas existe. Y que la belleza puede acaso sorprendernos para nunca darnos por satisfechos.

María José Parejo Blanco
Directora de *El Bosque Habitado* de Radio 3





Casi toda la salud de este mundo se esconde en o está protegida por las plantas. El bosque, por ejemplo, aporta más que todas las seguridades sociales del planeta. En nuestras farmacias viven muchas plantas para que nosotros vivamos. Destacan especies sanadoras como la hierba de San Juan que pone la nota de color más brillante entre los colores de julio. No solo cura el dolor de los golpes, también asegura la continuidad de decenas de insectos. Veremos, a menudo, sus flores coronadas por delicadas mariposas y otros muchos insectos.

A hierbas por San Juan

En la madrugada, antes de la salida del sol y siempre por San Juan. Así ha de recogerse el hipérico. Siempre me lo repite Ana, mientras va recolectando la planta. Solo toma las sumidades floridas, ese manojo de flores hechas con otras por hacerse. Las guarda con celo y cuidado en una cesta de castaño. A su lado va Augusto, zascandileando curioso, observando mil plantas a la vez mientras cita a de Candolle, a Buffon o a Paracelso. A veces no sé a quien atender, se atropellan en el contar. Ambos son sabiduría amable, como la botánica.

Ya de vuelta del monte, en ese rincón del mundo que es Sanabria, entramos con cautela en su biblioteca. Tenemos que preparar con esta hierba sanjuanera el "ungüento de los militares". A la vez que vamos disponiéndolas para su uso, contemplo detenidamente el "pericón". Cinco pétalos dorados, finamente espunteados por sus aceites y fuegos de artificio por estambres. Las hojas parecen colocadas de par en par sobre el tallo, como imágenes especulares. La planta entera ejerce una extraña atracción sobre los caminantes, parece salirles al paso en los senderos. Creo que nos ofrecen su sosiego, frente a la ansiedad de vivir cada día.

Me viene a la cabeza esa cita de Peter Handke: "Ante lo que estás viendo, piensa que esto tal vez te haya salvado". Pues sí, a mí me salvan...

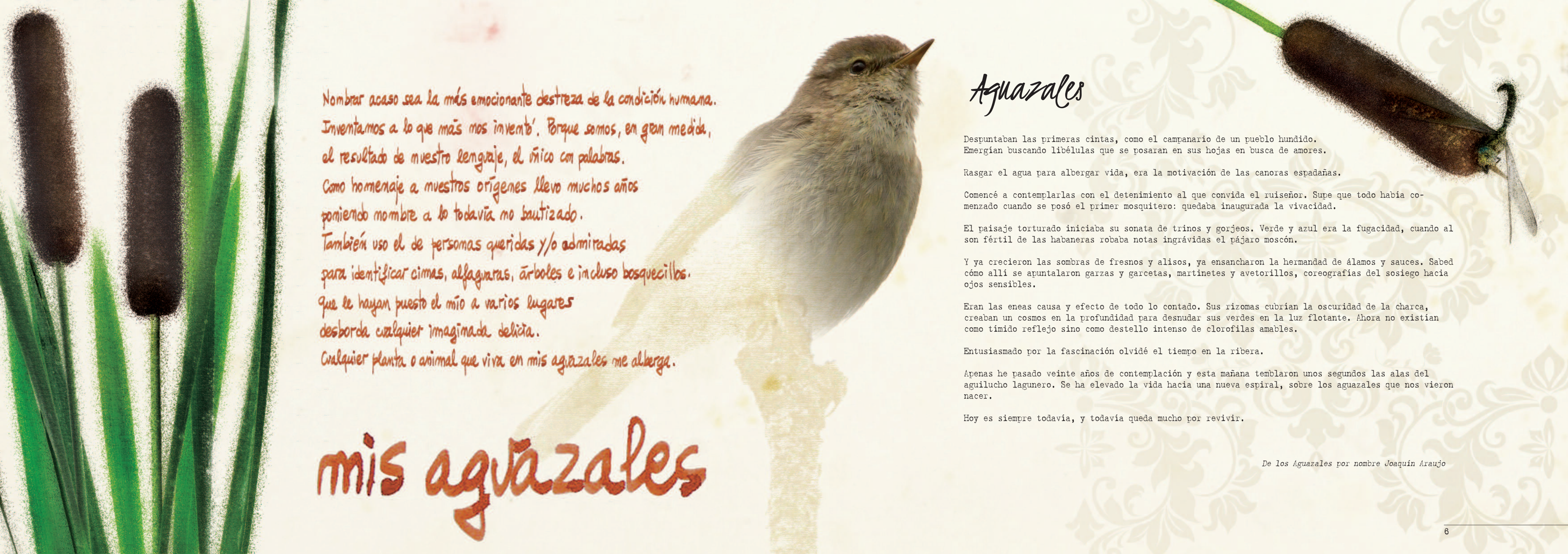
Salgo de esta ensoñación y veo que la mesa está bañada de oro. Decenas de ramilletes esperan junto a unos botes del cristal. Los rellenamos con esmero pero sin forzar. Son como fanales de luz cuando cruza el sol por la ventana. Matizamos de oliva ese albor, cuando vertemos el aceite hasta cubrir. Y ahora viene la espera, 40 días y 40 noches al sereno, para atrapar la esencia curativa. Benéfica sobre las cicatrices y contusiones del cuerpo, para las del alma son otros los preparados.

Pasado el tiempo solo quedará el óleo, caligrafiado con la maestría de los pendolistas. Escribo detenidamente sobre la etiqueta, "*Hypericum perforatum*", interesante nombre: "por encima de la apariciones", su papel protector es de evidencia secular.

Recuerdo estas andanzas veraniegas mientras un bando de grullas acaricia mi sombra.

La vida pausada sedimenta la felicidad.

A mis queridos Ana Garzo y Augusto Krause,
felices botanófilos de Sanabria



Nombrar acaso sea la más emocionante destreza de la condición humana.
Inventamos a lo que más nos inventó. Porque somos, en gran medida,
el resultado de nuestro lenguaje, el único con palabras.
Como homenaje a nuestros orígenes llevo muchos años
poniendo nombre a lo todavía no bautizado.
También uso el de personas queridas y/o admiradas
para identificar cimas, alfaguaras, árboles e incluso bosquecillos.
Que le hayan puesto el mío a varios lugares
desborda cualquier imaginada delicia.
Cualquier planta o animal que viva en mis aguazales me alberga.

mis aguazales

Aguazales

Despuntaban las primeras cintas, como el campanario de un pueblo hundido.
Emergían buscando libélulas que se posaran en sus hojas en busca de amores.

Rasgar el agua para albergar vida, era la motivación de las canoras espadañas.

Comencé a contemplarlas con el detenimiento al que convida el ruiseñor. Supe que todo había comenzado cuando se posó el primer mosquitero: quedaba inaugurada la vivacidad.

El paisaje torturado iniciaba su sonata de trinos y gorjeos. Verde y azul era la fugacidad, cuando al son fértil de las habaneras robaba notas ingravidas el pájaro moscón.

Y ya crecieron las sombras de fresnos y alisos, ya ensancharon la hermandad de álamos y sauces. Sabed cómo allí se apuntalaron garzas y garcetas, martinetes y avetorillos, coreografías del sosiego hacia ojos sensibles.

Eran las enneas causa y efecto de todo lo contado. Sus rizomas cubrían la oscuridad de la charca, creaban un cosmos en la profundidad para desnudar sus verdes en la luz flotante. Ahora no existían como tímido reflejo sino como destello intenso de clorofilas amables.

Entusiasmado por la fascinación olvidé el tiempo en la ribera.

Apenas he pasado veinte años de contemplación y esta mañana temblaron unos segundos las alas del aguilucho lagunero. Se ha elevado la vida hacia una nueva espiral, sobre los aguazales que nos vieron nacer.

Hoy es siempre todavía, y todavía queda mucho por revivir.

De los Aguazales por nombre Joaquín Araujo



Ahora que todo son jaramagos

Ahora que todo son jaramagos me pregunto por su viaje. Ese andar de 10.000 años que no cesa. Me pregunto por ese día en que sus semillas cayeron junto a unos malogrados cereales. Cuando los "sapiens" crearon la palabra "cultura" germinando la tierra.

Allí debieron caer, sobre un suelo movido y removido. Se hallaron cómodas y saltaron a los incipientes caminos que abrían los humanos. Aunque ellos sólo seguían manadas de uros que amasaban los barroes. Miles de simientes se multiplicarían, no volviendo a separarse de sendas, huertos y cabañas. Hasta hoy.

Es seguro que esa floración limonada sería una pauta en la ronda solar; el anuncio de largas horas de luz y color. No sé si la curiosidad les llevaría a los cuatro pétalos en cruz, como un cruce de caminos en el que decidir.

Milenios después, Al Andalus los nombraría como Samaraq, en el noveno siglo del primer milenio ¿Qué harían con sus frutos? Nada sabemos, quizás condimentar sus platos para ahondar en los sabores. Sus pequeños granos picantes alegrarían sus recetas especiadas.

Luego, durante el románico, nuestra especie la mezclarían con los vinagres para dar aquella salsa heredada de los romanos. La "moutarde" francesa, que en 1220 tienen a bien dejar reflejada los galos, con una herencia latina de "mustum ardens" o mosto ardiendo. Emulaban aquel gusto por aderezar los vinos con granos de mostaza.

Curioso travesía en el espacio y en el tiempo de los jaramagos o mostazas, que nos dejan en las páginas de Alonso de Palencia en 1490, con su obra "Uniuersale Compendium Vocabulorum" donde cita los jaramagos como "çaramagos". Así lo heredan y conservan los portugueses. Y parece que este camino plagado de voces está orquestado para apellidar a ese escritor cuyo abuelo, antes de morir, fue a despedirse de sus árboles.

Y así comienza otro andar, el de José Saramago cuando nos dejaba escrito:

"El viaje no termina jamás. Solo los viajeros terminan. Y también ellos pueden subsistir en memoria, en recuerdo, en narración... El objetivo de un viaje es solo el inicio de otro viaje."

Viajen ahora que todo son "saramagos".



La luz siembra colores sobre la piel de la Vida .

Colores mensajeros; colores noticia...

En los calendarios de la Natura casi todo se anuncia a sí mismo con una tomalidad que demasiados ojos han olvidado acariciar.

Las primaveras tempranas de nuestro sur emergen, en inviernos no concluidos, con aelfombras alimomadas que ocupan horizontes.

Los jaramagos son el primer color dominante en el año de nuestros paisajes. De ellos emana la gran promesa de la continuidad de los ciclos.

Albor de abedules

Disfrazarse es suprema destreza:
¡salva!

Hay ropajes de árbol que eviten persecución y muerte.
Pero nos imantan.

Siempre me pareció que el abedul se viste de metal procesado.
Acaso el más irreal carnaval
sea querer semejar mineral en plena vida.

Imagino que ese mercurio líquido de su corteza,
esa luna llena embadurnando sus troncos,
demuestra que la fantasía también nos precede.

Unas letras escribió el abedul,
cuando apenas alumbraba en su crecer.
Un palmo de plata apuntaba al sol, como el dedo de un niño curioso.

Pronto, en el papiro de su corteza, anidaron palabras y versos. Crecía.
Un despiste, una mirada perdida y las estrofas rodeaban el tronco:
Ansiaban contar.

Entonces el azul enamoraba sus tardes,
ya la luz leía sus poemas.
Una copa de trinos y plumas amaba los vientos,
una canto de reyezuelos coloreó las hojas.

Aquellos días las raíces amasaban la tierra con mimo.
Olían el humus fértil de la vida. Deletreaban la hojarasca.

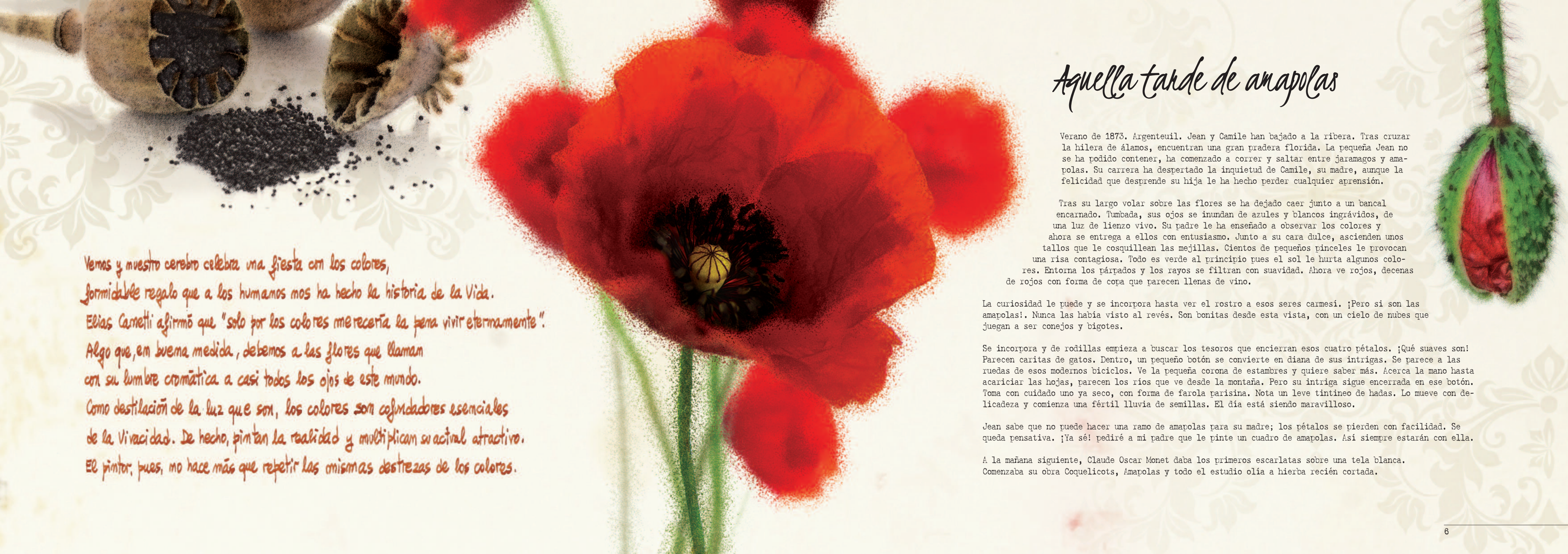
Muchos le amparaban en su crecer,
un anaquel de abedules que dialogaban...
conversaban para vivir.

Un día tamizó la luz en toda su dimensión,
la transformó en un fanal de sentires.
No era él, no era ella, era todos.

Reflejos, brillos, fulgores.
Destellos, visos, resplandores.

La plateada claridad del abedul,
era oro molido,
albor de nuevas luces.

A los abedules de Fernando Fueyo



Vemos y nuestro cerebro celebra una fiesta con los colores,
formidable regalo que a los humanos nos ha hecho la historia de la Vida.
Elias Carretti afirmó que "solo por los colores merecería la pena vivir eternamente".
Algo que, en buena medida, debemos a las flores que llaman
con su lumbré cromática a casi todos los ojos de este mundo.
Como destilación de la luz que son, los colores son cofundadores esenciales
de la Vivacidad. De hecho, pintan la realidad y multiplican su actual atractivo.
El pintor, pues, no hace más que repetir las mismas destrezas de los colores.

Aquella tarde de amapolas

Verano de 1873. Argenteuil. Jean y Camile han bajado a la ribera. Tras cruzar la hilera de álamos, encuentran una gran pradera florida. La pequeña Jean no se ha podido contener, ha comenzado a correr y saltar entre jaramagos y amapolas. Su carrera ha despertado la inquietud de Camile, su madre, aunque la felicidad que desprende su hija le ha hecho perder cualquier aprensión.

Tras su largo volar sobre las flores se ha dejado caer junto a un bancal encarnado. Tumbada, sus ojos se inundan de azules y blancos ingrátidos, de una luz de lienzo vivo. Su padre le ha enseñado a observar los colores y ahora se entrega a ellos con entusiasmo. Junto a su cara dulce, ascienden unos tallos que le cosquillean las mejillas. Cientos de pequeños pinceles le provocan una risa contagiosa. Todo es verde al principio pues el sol le hurta algunos colores. Entorna los párpados y los rayos se filtran con suavidad. Ahora ve rojos, decenas de rojos con forma de copa que parecen llenas de vino.

La curiosidad le puede y se incorpora hasta ver el rostro a esos seres carmesí. ¡Pero si son las amapolas!. Nunca las había visto al revés. Son bonitas desde esta vista, con un cielo de nubes que juegan a ser conejos y bigotes.

Se incorpora y de rodillas empieza a buscar los tesoros que encierran esos cuatro pétalos. ¡Qué suaves son! Parecen caritas de gatos. Dentro, un pequeño botón se convierte en diana de sus intrigas. Se parece a las ruedas de esos modernos bicis. Ve la pequeña corona de estambres y quiere saber más. Acerca la mano hasta acariciar las hojas, parecen los ríos que ve desde la montaña. Pero su intriga sigue encerrada en ese botón. Toma con cuidado uno ya seco, con forma de farola parisina. Nota un leve tintineo de hadas. Lo mueve con delicadeza y comienza una fértil lluvia de semillas. El día está siendo maravilloso.

Jean sabe que no puede hacer una rama de amapolas para su madre; los pétalos se pierden con facilidad. Se queda pensativa. ¡Ya sé! pediré a mi padre que le pinte un cuadro de amapolas. Así siempre estarán con ella.

A la mañana siguiente, Claude Oscar Monet daba los primeros escarlatas sobre una tela blanca. Comenzaba su obra Coquelicots, Amapolas y todo el estudio olía a hierba recién cortada.

"Piso tesoros"

"Piso tesoros"

Jorge Guillén

¡¡ Cuántos mundos vívaces bajo la huella de una sola pisada !! ¡¡ Incontables !!

Esa es la prodigiosa dadora de la fertilidad nativa,
el pisar riqueza manifiestamente inmejorable.

Si bajo el peso de un solo paso vive un desparramado infinito.

¿ Cuántas inmensidades nos acompañan cuando lo mínimo
es dar 2.000 pasos por cada kilómetro recorrido?

La caminata bien entendida es un viaje cósmico,

recorremos inmensidades que nos acarician sin que apenas nos percatemos.

Solo seremos conscientes de nuestros privilegios cuando entendamos lo microscópico.

Solo seremos libres cuando no demos ni un solo paso

sin admirar tanta grata compañía.

Solo seremos justos si reconocemos nuestra pertenencia

al camino que estamos recorriendo.



Atarse las botas

Si hay un ritual que aprecio es el de atarme las botas. Ese gesto, en el que los dedos juegan con los cordones mientras urden una lazada, activa mi cerebro hasta que ladra como los perros de Paulov. Parece que reconoce que algo bueno va a suceder.

Muchos días me quedo tonto mirando las manchas de savia, atrapadas en el cuero. Se convierten en una pantonera de verdes, aromatizada de hierbabuena y mejorana. A veces, en lo ojales de los cordones quedan atrapadas simientes de "bardanilla", que luego disperso al azar, sin voluntad, en los paseos por la ribera.

En este mayo "atrezado" de junio, se han colado unos vilanos de cerrajas. No es de extrañar, esta mañana estuve un rato detenido viendo el abrazo rojizo de sus hojas al tallo; tan intenso como una despedida. Parece que el amargor de sus sabores los compensa con una estética de afecto vegetal. A poco que ande, estos cordones recolectan semillas de unas y otras, compitiendo en la cosecha con las hormigas más tozudas. Ellas andan bajo las valvas de la Celedonia, pendientes de su sementera. Sus granas son negras, con un derrame blanquecino, que las convida a grasas nutricias. Ellas no saben, ni necesitan saber que se llama eleosoma, pero a mí me gusta el glosario botánico, y por eso lo cuento.

Luego, los calcetines se ven sableados de las aristas de las locas avenas, o mordidos por los dientes del Bidens tripartita, que por aquí le dicen cáñamo de agua.

Al final, uno lleva un auténtico banco de germoplasma en las perneras, un inventario tangible de lo que ocurre en el campo. Al llegar a casa me gusta coger una a una las semillas, colocarlas cómodas en un folio en blanco y ordenarlas por especies. Saco la lupa, y me dedico a profundizar en sus valles y lomas, en las serrezuelas de sus cuerpos. Es como el regusto de un buen plato, volver a disfrutar del paseo dado, con el ojo atento a todo lo oculto.

Con todas ellas, he levantado un pequeño jardín de terraza, donde las redescubro en su día a día, su crecer y fructificar. Y claro, las hormigas me acompañan curiosas. Te invito a hacerlo.

Botánica de cayada y mandilón

Hay un sol de otoño, cálido, que entra por la calle Larga, donde la luz cruza las palabras.

Unas manos trabajadas reposan sobre un mandilón; la diestra sujeta un ramillete de "ácere", la siniestra unos siglos de saber paciente. Mecen los lóbulos de unas hojas, que salpican de naranja los acentos. Sobre la chaqueta negra, unos pendientes dorados enmarcan una cara vivida y dulce:

- Mi marido, llevaba una cruz de "ázare" en el morral, para que no le cayera el rayo.

Así cuenta la señora Antolina y a su lado, un hombre de rizos enarbolados apunta en un diminuto cuaderno. Mira con cariño y admiración a esa biblioteca transfigurada de mujer.

Ella ha cogido unas semillas con las que juega a dejarlas caer. Le gusta ver sus giros grávidos, que el viento columpia hasta sus pies. Él espera sosegado las pocas frases que desgrana esta dama incunable.

- Le ponía yo los cordeles, los "exprimijos", para que apretaran bien el queso.

De nuevo la pluma recoge sobre el papel cada vocablo, como el orfebre coloca cada piedra en el cofre. Sabe el que anota de los usos del arce de Montpellier por los cabreros del Tiétar. De cómo hacían los cinchos con su madera blanca y amable.

Se coloca las gafas y atusa el mostacho. Recuerda miles de rostros, miles de manos. Le vienen las sonrisas del Raso o Candeleda y escucha las voces de muchos que ya murieron.

Emilio, el botánico, respira bajo el roble del Tío Colorao. Sabe que es la última generación. Ya pocos quedan en los pueblos del Caurel, de la Sanabria o la Cabrera. Y sus cuadernos son ahora la crónica de una ciencia de etnias diversas, de ricas culturas que se sostienen en un cayado.

Recoge su herbario, besa a la sabia y monta en su vieja Citroen en busca de la última tarde, que será el próximo amanecer.

En agradecimiento al maestro y amigo Emilio Blanco

Nunca llegaremos a saber cuánto saber hemos perdido con la abusiva domesticación del conocimiento; con su enclaustración en los libros - ahora pantallas-; con la arrogancia de los sabios.

Aunque soy hijo de mis lecturas mucho más de lo contemplado y de algunas conversaciones - varias de ellas con analfabetos - la Cuetura Rural - así, con mayúsculas - era también biblioteca con libros solo impresos en la memoria.

Ardiendo, casi todos, como la de Alejandría. Sin sucesores, pues. O con muy pocos.

Un puñado de lúcidos, como Raúl de Tapia, Emilio Blanco Fellicer, Joan Claro, Ama Martín Garzo y Augusto Krause. Acudieron y acuden a las fuentes priales de la sabiduría oficialmente ignorada para que no todo sean las cenizas del olvido.



Amor por la sangre de las flores, cosechan
hexágonos sellados: primavera desfiladas en
ambrosía, se susurran susurros de
escribe el tesoro de la dulcedumbre. Allí, de
servicio gratuito que nos presta su
zumbidos, clama atención el mayor

Brezos, cortines y abejas

En el nacedero de las nieblas crían los urogallos. Donde habitan las brunas los cortines defienden las abejas de las hambres del oso. El cortín de Berto amanece entre robles y castaños. Piedra a piedra funda un armónico cilindro cortado en bisel por la pendiente. Abre su boca a las aguas del río Ibias, pensando en regurgitar bandos de himenópteros laboriosos. Pero es invierno y el viejo de barbas blancas hace que las abejas se atoren, se abrazan en grandes bolas para no perder la calidez comunal.

Fuera, a los rigores del cristal y la escarcha, millones de lunares dorados puntean el verde de los brezales. Las uzes son paisaje y sus telas una decena de diferentes especies de Erica, nombre que le dio el griego antiguo a la uz o brezo. Su abundante presencia hace al "rubilón" un paisano más entre los paisanos. Carpanza, rubión o brezo rubio: Erica cinerea, representante ceniciento del grupo, sus ramilletes gris ceniza le nombran.

En el gélido despertar del monte, poco queda de las guapas flores urceoladas. Aquel púrpura en racimos huyó de los pedregales y luce en los fríos, pétalos dorados, palacios. Ya ordeñaron sus néctares las viajeras del sol. Las colmenas se nutren en diciembre del néctar rubio y dulzón que la alquimia de los ápidos.

Saben los más viejos del lugar que lo que rodea a las tierras de labor se llama "monte". El monte crece y avanza ante el abandono de lo rural, reconquistando un lugar que siempre fue suyo y volverá a serlo.

Mares de brezos modeláis mi paisaje, el paisaje de mi sangre y de la sangre de todos los que renegaron de vuestra prosperidad. Dejad que ganen esta lucha sin cuartel a gramíneas y pinares, porque su victoria será la de todos los que amamos el calor y el sabor de la miel.



Poco, o nada, me parece más digno que dimitir. Dimitir, claro, cuando tu sociedad y sus jerarquías incumplen o te proponen que tú lo hagas.

La dimisión completa que supone el suicidio como los de Sócrates o Sémea (imposible pensar honestamente sin ellos) nos arroja hacia cómo enfrentarnos al mayor desafío: ¡saber morir! Lección que solo aprendemos en el momento de ejercer la definitiva ausencia y que no cumará sabiduría alguna, sino que acabará con todas las acumuladas.

Aún así la historia cuenta con numerosos sabios que se suicidaron. ¿Se desobedecieron o fueron todavía más sabios?



Cicuta, muerte y ley

Yo, Sócrates, acato la ley. Me someto a la muerte, a la condena de un suicidio involuntario. Acepto esta copa, caldo funesto de hojas y semillas, pero no me retracto de lo dicho. Sostengo que vivir las virtudes es deber superior a dar culto a los dioses. Y con ello no contradigo al Estado, no corroppo a los jóvenes. Vindico el espíritu personal, el daimon que nos advierte acontecimientos posibles. Manifiesto la inmortalidad del alma.

Inmortal vitalidad, acompañante de arroyos y riberas. Allí donde advertí la conjura del luctuoso vegetal. Beldad de flores blancas que devoran mi vida en este primer sorbo.

Yo que vi pinzones tragar sus frutos y cantar sin fin en las solanas de Atenas.

Yo que vi pastores amasar raíces, adormeciendo barbos para la mesa. Veo ya mi peso muerto, mi ser cansado, mi pensamiento entumecido.

Quinientos me juzgasteis y más de trescientos me condenasteis. De hoy en adelante mis palabras os sabrán a cicuta y no veréis más a la planta sino a mí. Quedas tú Platón para escribir mis silencios, para guardar reflexiones.

Esta somnolencia es la última. Protejo y acato la ley, aunque sea injusta. Otros tras de mí la ennoblecerán. Siempre fue así, siempre será.

Apuro la copa y duermo.

En memoria de Sócrates, filósofo griego.
Extinguido por cumplir la Ley ateniense
en el año 399 a.c.
Ingirió *Conium maculatum*, cicuta manchada.



si es el de la vida,

Convengimos que, si es el de la vida, no hay final feliz.
Pero la Natura ha inventado algunas victorias sobre el tiempo.

Hay posibilidades de acabar en el mismo instante
en que la descendencia asciende a la continuidad.

Cerrar la existencia amando
es el estimable destino de salmones y efímeras.
Lo mejoran las plantas que perecen tras florecer
pues aciertan con un imposible:
¡morir es su mejor momento!

no hay final feliz



Condena de flor

A Johann Wilhelm Weimann le intrigaba el porqué del nombre. Ignoraba la razón por la cual Carl Nilsson Linnaeus la ungió como *Agave americana*. Una planta del tal belleza y exotismo era merecedora de un calificativo laudable, por lo que debía esconder un significado épico. El epíteto geográfico "americana", no infundía confusión alguna, pero no así el género "Agave".

Recuperando sus conocimientos mitológicos buscó la relación entre la "ágave" griega y la planta. Aquella era una ménade, un ser divino adorador de Dionisio, que causó la muerte de su hijo Penteo al prohibir los ritos báquicos, aquellos estados de desvarío o locura mística en que caían estas divinidades femeninas. Así que Weimann atribuyó a este hecho, el acto homérico que influyó sobre el botánico sueco a la hora de nombrarla.

Una vez resuelta la intriga podía disponerse a pintar. Antes de enfrentarse a la ilustración de una especie, no solo necesitaba conocer su fisonomía, había de indagar en su alma. Así podía imaginarla en su doble esplendor: el botánico y el mítico.

De pie, junto al caballete, dispuso lo necesario en el jardín botánico de Ragensburg. Trazó con facilidad la curvatura de las hojas, el oleaje de su perfil punzante y dotó su valle de un verde azulado. Levantó alto el pincel, para medir el alzamiento del tallo floral y reducirlo a una escala comprensible pero fiel. Definió sus flores ascendentes desde los cinco metros junto a la sinuosidad de sus arranque. Encumbró la pirámide floral de amarillos verdosos.

Para posteriores días dejó el tedio de los detalles científicos, de cada bráctea, estambre y fruto. Así debía ser, pues la precisión formaba parte de su florilegia. La llevaba muy avanzada al caer del 1740 y pronto imprimiría las letras capitales de su portada: *Phytanthoza iconographia*.

En el año 41 dio por cerrado el último de los ocho volúmenes con más de mil grabados. Fue en aquellos días cuando sus investigaciones le desvelaron que la belleza del ágave llevaba sentencia de muerte. Veinte años para semillar, unos días para fenecer: su floración era su condena.

Aunque la inmortalidad se escondía bajos sus hojas, ataviada de hijuelos que clamaban por su derecho a la belleza mortal.

De la Pita o Zábila, como le dicen en las tierras de Mar Verdejo, ménade almeriense.

Cuando la Tierra (sic) se estremece todo lo que sobre Ella palpita
sufre el zurriagazo del miedo, el escalofrío de la total inseguridad.
Incluso, demasiadas veces, la catástrofe de la aumentada muerte
de los muestros.

Que zozobre lo que nos sostiene suele acabar en acusación, en
alegato contra la Naturaleza. Madrastra para demasiados incapaces
de reconocer que por cada desastre -y ninguno es intencionado-
son millares los gestos, los procesos, los ciclos,
las dāduras que Ella nos regala para que seamos posibles.
¿Por qué no estremecerse de sereno placer al contemplar el alrededor?

Ha sido un instante, un dilatado instante. Las raíces se han estre-
mecido, han notado un vacío. Una nada vibrante que ocupaba todas las
percepciones. Esa ausencia ascendió por las aristas del tallo, por
las cuatro esquinas que levantan un aroma constante.

La savia se alteró; incómoda paró su fluir, se paralizó. No quería
llegar a las hojas, no podía en su inmovilidad. Ellas necesitaban
ser nutridas, su gran vela de ojos de buda se exponía a un sol en-
turbado. Unas sedas empolvadas eclipsaban sus estomas, se ahogaban.

No llegaba la luz, no llegaba el agua, no podía respirar... se es-
taba marchitando en inmortales segundos. Lo veía en las flores, ya
no blancas ni rosadas. Sus labios colapsaban la angustia cuando la
belleza se teñía de caos.

Y el desconcierto llenaba el entorno. Sonidos agudos, vibra-
ciones chirriantes. Todo un caos en medio del caos. Unos mi-
nutos de silencio, una falsa demora y todo volvía empezar.

De repente toda perturbación se detuvo. Y la albahaca
se rebeló. Su fisiología retomó la memoria vital. Y
así las raíces bebían en el desierto, la savia
avanzaba detenida y las flores hacían brillar sus
nieblas. Solo las hojas poseían la fuerza de la
verdad, el verdor de la esperanza que hacía re-
nacer la albahaca. Un aroma majestuoso de es-
peranza.

Cuando la albahaca se estremeció
Nepal, abril de 2015

Cuando la albahaca se estremeció

El árbol es luz condensada
agua erguida, tierra que aspira a volar.
Forma, pues, de lo sin forma
y, acaso por eso, formador de millones de formas.
El árbol es suma de esenciales encuentros y
sembrador de purezas que preñarán lo que será.
Salvar a lo que nos salva es asegurarnos
de que el bosque siga emboscándose
contra la muerte.



De centenos y castaños

Huele a leña, a destello de savias de roble en tu memoria.
Suena a risas, las del Ancares que cosquillea piedras con sus aguas.
Veo amarillos, de unas hojas que diluyen el verde hacia dorados viejos.
Saboreo un magosto, de castañas cálidas, sabrosas; alimento a mi sentir.
Acaricio musgos, cuajados de rocío mientras suavizan la piedra seca.

No puedo enredarme en los caminos de Pereda sin esta apertura a los estímulos.
Todos los senderos llevan a un ayer de medio siglo, a un hogar siempre hermoso.
La piedra arranca del suelo como un tronco, cerrado de hileras pizarrosas.
Y el centeno, desciende en cuernos para abrigar los rostros en la palloza.

Las manos trenzaron velorios, dieron forma a unos tallos eternos de bondad infinita. Juntaron unos y otros para techar una cabaña, nutrida de familias y bestias. Despuntan las espigas, inflorescencias de pan llevar. Rotas quedan las aristas que surgían de cada grano, de cada gluma y "malladas" hasta alcanzar los tesoros. Luego, molerlos bajo los álamos para amasar panes y sueños.

Los fríos y el hambre se doblegaban con el tesón de centenos y castaños.
Las ilusiones se fertilizan en huertas y bodegas.

Todo sigue allí, en una pausa anhelante; en espera de nuevas manos. De hombres y mujeres querenciosos de topografiar sus rostros con los surcos del esfuerzo y la felicidad.

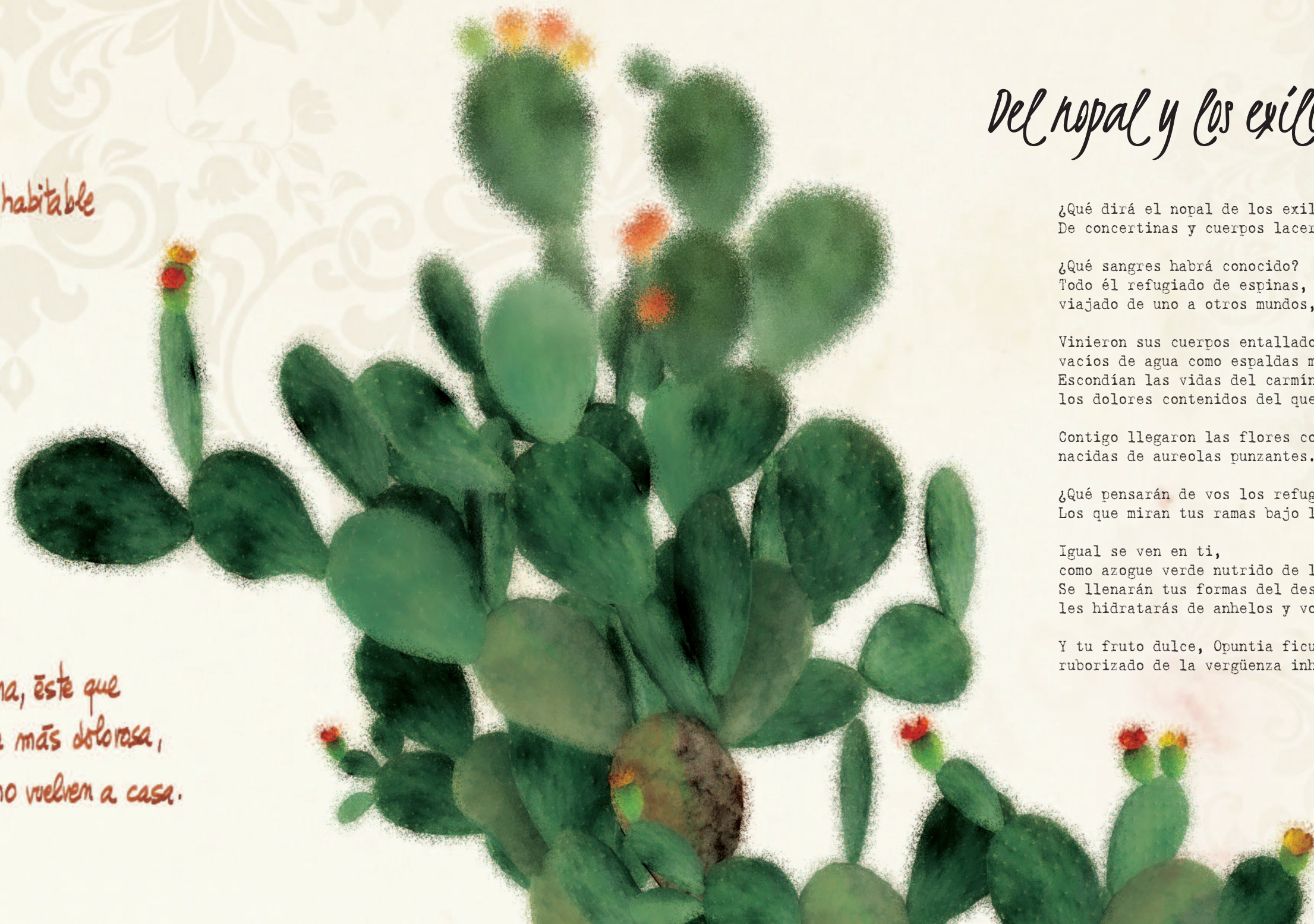
Las "morteiras" despiertan junto a los arroyos.
Una plácida luz tañe las campanas de la esperanza.

Vivir es equivaler a tu hogar. Vida y paisaje;
vida y habitat son lo mismo.

Nada es, por mucho que lo intente esta civilización inhabitable
e inhabilitadora, sin alrededor.

Sin embargo,
por decisiones de menos del uno por cien de nosotros,
y sin que nadie les haya elegido,
prevalece la erradicación;
y sacarlo todo de su sitio que seca.
Desde los aires, ríos y suelos
hasta la dignidad. La maltrecha dignidad humana.

Riqueza y poder que ya es más clima que el clima, éste que
ahora también expulsa de sus hogares a la riada más dolorosa,
la de los refugiados, que nunca lo serán del todo si no vuelven a casa.



Del nopal y los exilios

¿Qué dirá el nopal de los exilios?
De concertinas y cuerpos lacerados.

¿Qué sangres habrá conocido?
Todo él refugiado de espinas,
viajado de uno a otros mundos, que son este.

Vinieron sus cuerpos entallados,
vacíos de agua como espaldas mojadas.
Escondían las vidas del carmín,
los dolores contenidos del que migra ausente.

Contigo llegaron las flores coronas,
nacidas de aureolas punzantes.

¿Qué pensarán de vos los refugiados?
Los que miran tus ramas bajo las mantas del adiós.

Igual se ven en ti,
como azogue verde nutrido de lágrimas.
Se llenarán tus formas del desconsuelo,
les hidratarás de anhelos y voluntades.

Y tu fruto dulce, Opuntia ficus indica,
ruborizado de la vergüenza inhumana, le salvará.

¿Dónde están los libros?

- Papá: ¿Por qué no ha y libros en esta biblioteca?

Mi hija, con cinco años, hace esta pregunta al entrar por primera vez en un palomar abandonado.

Era una hermosa construcción de planta circular, como un molino sin aspas ni velas. En mitad de la estepa cerealista resultaba totémico, presencial, pero ella lo llevó a su imaginario, o mejor, a su realidad. Aquellos nidales sin ocupar, eran anaqueles vacíos, estanterías huérfanas de las historias que le narraban los cuentos.

- No hay libros, Luna, porque es un palomar. Aquí hacían sus nidos las palomas y sacaban sus pollos adelante.

Claro, la respuesta la dejó entre fascinada y desconsolada. Le conté la verdad a medias, no me apetecía desvelarle el fin último de estas crianzas. Pero ella no descartaba la convivencia entre libros y aves.

- ¿Y qué comían las palomas?

La nueva pregunta nos metió de lleno en el paisaje de trigos y cebadas. Así le pude contar que las granas que rondaban por el suelo eran las semillas de los cereales. Que a los pichones, como a ella, les gustaba ese desayuno. Cogió algunas espigas, curioseó por sus hojas y reparó en la blanquecina ligula, diminuta y traslúcida escondida en los haces. Todo lo pequeño era su fascinación.

Luego, Luna, me contó su versión de los hechos, que os trasmito con mis palabras:

Al parecer, las palomas se criaban en nidos hechos de libros, donde los relatos se mezclaban con ramillas y muchas hierbas. Los pichones se alimentaban de palabras y sementeras, e iban construyendo sus propias fábulas. Como estos pollos iban creciendo con buenas historias se convirtieron en buena gente, que necesitaba contar sus propios cuentos en otros pueblos y palomares. Al crecer, todas marcharon, llevándose sus nidos - libros, pues tenían alas fuertes de los muchos verbos y adjetivos que las nutrieron. Al llegar a un nuevo destino, dejaban sus libros para que otras palomas criaran a sus pollos con trigos y palabras. Allí contaban las nuevas historias que inventaron cuando eran volanderos, sonando como arrullos y gorjeos al oído de los paisanos.

Parecer ser, que de esta forma se convirtieron en palomas cuentacuentos, engañando a sus supuestos dueños, que pensaban que ellas viajaban de uno a otro palomar como palomas mensajeras.

- Cosas de los mayores que no veis lo que pasa...me dijo.

Por eso siempre hay palomas volando de un sitio a otro, en los pueblos y en las ciudades, porque nos quieren contar sus historias que solo escuchan los jubilados en los parques.

Desconcertado, no pude por menos que preguntarle que porqué allí no había libros ni palomas.

- No te preocupes, sé que están viniendo, siempre van donde hay niñas curiosas y mayores que escuchan.

A Utópica Irma y sus palomares

La Naturaleza sabe hacerlo casi todo, pero su mayor destreza es vincular.

Por eso un día susurró al oído de Epicuro aquello de "todo tiene que ver con todo".

Que esta arrogancia, convertida en estilo de vida de la mayoría pretema olvidarlo, ocasiona estragos en la sucesión infinita de eslabones, acontecimientos entrelazados, mariposas y pájaros como suspiros del mismo aire.

Mirar, escuchar, respirar, comer y hasta morir

Mirar, escuchar, respirar, comer y hasta morir es abrazar:
abrocharse a lo inmenso.

Necesitamos que lo panorámico derrote a la centrífuga ignorancia
de los despegados de la única red de redes insustituible.

El año sin verano

Desde que aprendió a leer, Mary Shelley guardaba margaritas bajo la portada de los libros. La rigidez de las tapas ayudaba a un prensado natural de aquella flor de flores. Con tacto y paciencia peinaba los falsos pétalos blancos. Cada uno de ellos era una flor ligulada que extendía para conservar su textura. En el centro, una yema florida se adhería al papel para recorrer los años en silencio. Pasado el tiempo, al encontrarlas, revivía el instante de la recolección, la luz de la primavera, los olores de la ribera donde se tumbaba para ser ella.

La noche del año sin verano, las margaritas eran los únicos soles de aquella penumbra constante. Los días pasaban sin que el olvidado astro agradara un rato la opacidad de los sentimientos. Únicamente los soles que guardaba prensados, las *Bellis perennis*, provocaban un sutil esbozo de sonrisa. La oscuridad era un monstruo omnívoro, que se le antojaba hecho de la maldad de todos los hombres. Lo vio en sueños como un nuevo Prometeo, cosido de miserias. Despertó exaltada y empezó a escribir para ahuyentar al monstruo, al que trataba de conquistar con regalos de margaritas a la orilla del río. Pero la bestia era más fuerte, la noche más profunda y cuando aquel desecho humano no recibió más presentes, lanzó a Mary al agua, que se fue hundiendo en las negruras del tintero.

Nunca supo por qué apareció su Frankenstein en la Villa Diodati. Fue una noche de 1816 encerrada con Lord Byron y William Polidori bajo una tormenta interminable. Ninguno era consciente de que aquel clima tenebroso nacía a miles de kilómetros de distancia. La erupción del volcán Tambora en las Indias Neerlandesas, arrojaba miles de toneladas del polvo al cielo y sumió a Europa en un invierno climático.

El corazón de Mary nunca volvió a ser el mismo, saltó desde la infancia a la madurez con unas margaritas en las manos.

A Espido Freire, por lo aprendido en su docencia

El Cartero de Almeida

João baja por la Rua dos Fornos. Desciende despacio, repartiendo el correo desde un sidecar de viejo azabache. Es el cartero de Almeida y un sombrero de plato, bandeado en grana y gris le delata.

Recorre las calles estrechas y floreadas, con una alegre saudade que sólo existe en los rostros portugueses. No se apea de la moto. Cada carta la introduce en los buzones estirando comedidamente el brazo, como un pintor de grandes lienzos. Tiene cogidas las distancias al modo de los agrimensores experimentados.

Al llegar al pié de la muralla, desciende junto al "fresno del Castelo", la única sombra de toda la ronda. Cuando no se siente observado, se queda un buen rato contemplando las crecientes flores del muro: basilios, escudetes o la ingrátida hiedra... pero su cariño y curiosidad están escondidas en la "boca de leão", la boca de león. Su abuelo el Dr. Chegão le decía siempre el latinajo en sus paseos: *Antirrhinum majus*; pero siempre le hizo gracia que debajo de tan noble término solo hubiera un significado banal: planta como una gran nariz, o sea la narizotas, como la llamaba de niño.

Ahora el abuelo es él y percibe la sensibilidad del viejo doctor. Sus flores son náufragos vegetales en la sillería de la fortaleza. Un amasijo de luces sobre la textura bergamota de los líquenes. Unas telas blancas de virgen en capilla, visten la corola. La boca insinúa un matiz de yema de huevo, indicio para los insectos que liban. Toda ella parece finamente aterciopelada. Tal es así, que en ocasiones pasa su mano como acariciándola. Hay algo oculto en ese gesto.

Cada 5 de junio recoge un pequeño ramillete que anuda con un lazo granate, siempre el mismo. Lo deja cuidadosamente en la góndola del sidecar y se acerca a la Igreja da Misericórdia. Allí, lo deposita junto al altar, queda en silencio unos minutos y se marcha. Ni un gesto cristiano, ni un mínimo rezo.

Nadie conoce el misterio de João y sus flores, nadie sabe porqué el cartero, cada 5 de junio deposita una carta en el buzón del jardín, sin nombre ni destino.

Bocas de león guardan su secreto.

Nos traiciona, la traidora condición de ser veneno
para casi todos, casi todo.

La Naturaleza ciertamente inventó la ponzoña
- siempre más defensiva que conquistadora -,
como la de hongos, plantas y algunos animales.
Nosotros, no todos, aunque también desplegamos
antídotos como este libro, hemos inventado
e impuesto el más letal, extendido y
y perseverante repertorio de toxicidades.

Como son:

la mezquindad,
la ceguera de no mirar al horizonte,
la sobredosis de nosotros mismos,
ya amontonados,
la injusticia de la acumulación,
la mala comodidad,
y la peor de las drogas mortales: la prisa;
la prisa para extender el veneno
que supone no vivir con la Vida.

El libro de los venenos

Acónito, tú que adormeces los ánimos y voluntades,
que corrompes órganos y serosidades, yo te contemplo.

Veo el atractivo de tu hemisferio azul, de un perianto que se arracima
para engatusar los desvelos. Naces en los humores del Can Cerbero
donde despliegas esas hojas palmeadas y hermosas,
que invitan a un último abrazo, gélido, sin retorno.


Son tan negras tus semillas como las tinieblas y abismos de quien te prueba.
Nos previene el "Libro de los venenos" de la dulcedumbre en la lengua
y narra Gamoneda tu nombre de napelo y centella;
quizá porque tu raíz resplandece
como el alabastro en la cercanía de una lámpara.

He visto tu floración tardía hasta los octubres mediados y allí,
en las montañas, velas el sueño de arroyos y ganados.
Dios se apiade de los descuidados que rondan tus savias.

Sólo se apiadará de tus ponzoñas la celebración de la perfecta triaca,
dada a beber en cantidades de dos dracmas con vino en que se haya cocido
raíz de *Aristolochia luenga* o de genciana.

Así lo asegura Andrés de Laguna quien tomó las sapiencias de Dioscórides
lanzándolas por toda Europa en el año de mil quinientos y cincuenta y cinco.

Aconitum napellus, yo te contemplo, bello y mortal, como Kratevas,
azul en las aguas manantiales



La Vida es fractales sucesivos que crecen, como la espuma,
con cada ola que alcanza el acantilado.

La hoja de los helechos reproduce y patentiza ese diseño
que todos compartimos, más en la escala invisible.

Tanto el arte como el pensamiento son construcciones fractales
que también reiteran, en su intimidad, piezas y diseños sencillos.
Hasta la más compleja complejidad nace de la sencillez del ladrillo.
Reiterando lo elemental llega la piedra a ser catedral,
la célula a cuerpo que piensa, a árbol, a bosque...
Confluencias en suma; suma de sumas.

El primer cantero de helechos

El maestro cantero, el tallator petrae, era un amante de los helechos, pero su recreación estaba vedada. La simbología había de ser la bíblica, ninguna concesión a lo nuevo. Sus manos enredaban otras formas tratando de engañar al ojo, pero el instinto o la pasión le devolvía a las pinas. El Padre Domingo, el amable abad, gustaba de las pinas y las palmetas en los ornatos, quería para Silos tan hermosos motivos vegetales.

Pero al cantero siempre le atrajo el misterio oculto de los frondes emboscados. Los miraba con detenimiento cuando el viento los hacía tiritar, como si le saludaran. Luego los retenía entre sus manos, valorando las dimensiones estéticas de cada curva. Apreciaba con entusiasmo los nacientes de las hojas, con estas formas de voluta, de caracol algodonoso. Seguía el pasar de las horas para ver cómo desarrollaban sus formas, instantes de éxtasis contemplativo.

Al volver al taller de uno de sus paseos caminó entra las parras, que empezaban a sacar sus hojas y sus zarcillos. Había oído en el refectorio al Padre Faustino leer unas palabras de San Agustín que le vinieron a la cabeza:

También los agricultores cuando ven que una tierra produce abundante, aunque inútil maleza, la juzgan apta para los cereales; donde ven helechos, aunque sepan que tienen que arrancarlos, entienden que es el terreno adecuado para vigorosos viñedos.

Y le alcanzó la inspiración. Tallaría los helechos nacientes con sus tallos como rabeles de pastor. Contaría al abad que los helechos precedían a los viñedos, como alas vegetales de ángeles arbóreos. Sacralizaría su significado, ofrecería al cielo estos seres que todo lo tenían por dar.

Al fin, los golpes de la maza desnudaban la belleza sin remordimientos. La roca caliza era celosa de sus formas encriptadas; el cincel, un buscador paciente y educado arrancaba esas alas de águila divina. Estaba tallando los primeros helechos del románico.

Pteridium aquilinum o helecho ala de águila

Frente a la primordial, escanciada, viejísima iluminación,
lo iluminado por nosotros resulta demasiado reciente.

Por cada noche con las estancias electrificadas hubo mil
en que los ojos humanos fueron del candil;
de la lumbré esquinada; del rescoldo y sus brasas que agomizan.

La oscuridad nos empaquetó con su misterio en nuestros miedos
que no han acabado. Con todo, las llamas de la lumbré troglodita
inician la Cultura que pinta y narra. Algo tiene la penumbra
que desafía la débil luz de un fuego domesticado. Acaso sea
una advertencia de los peligros de la actual hiperelectrificación
que deslumbra a las mismas estrellas.

Conviene recordar que para ver lo más grande
es necesario apagar las poco lúcidas luces artificiales.

Para encontrar tus mejores pensamientos una sola, pequeña,
vacilante llama es suficiente.



En sombras

Sombra de barreños y tinajas,
de agua atrapada y sed de fuego.
Llamas que todo ensombrecen,
tornan ingravidas formas y pesos

Pende la brasa de una tea inerte,
si antes escapo vivo, de inflorescencias y nieves,
ya no es más que un cetro marchito,
de muertos y olvido.

Derrama tus cenizas sobre las hojas de bayón.
Eres Asfodelo, coronado sobre el rostro de Perséfone,
valle que no es ceniza pero en ceniza muere.

Fértiles rizomas que vuelven a la vida los bosques calcinados.
Luz de esperanzas y establos umbríos.
Hermandad de urces y gordolobos, de velas y tentemozos.
Ascuá y pavesa, fulgor y centellas.

Olor a cama de bueyes, a humo en las manos.
Candil de pastores pobres,
yesca de puchero y garbanzos.

Hoy nadie te prende,
hoy todos te callan.
Solo un haz de arrugas
alegra sus sombras.

Al gamón o Asphodelus albus

Tan asombrosa, tan llena de prodigios, destrezas y proezas
que la fantasía humana, por larga que la que queramos,
siempre será una provincia de la realidad; de la Naturaleza.
Nos precede y consiente la infinita creatividad
que se ha resuelto en todas las formas;
todos los colores y movimientos;
todos los comportamientos y vínculos;
todos los orígenes y todos los destinos.
Por eso no hay sueño más completo y bello
que estar muy despierto y atento en medio del medio natural.



Ensoñación de cipselas

Concedido el permiso de la ensoñación, desciendo a las profundidades vegetales.

Como destino, los entramados de espinas punzantes, donde los tallos alados erizan las esquinas. Sobre un manto fino de cenizas blancas, una algarabía silenciosa de ánforas inmóviles: un rebaño de pulgones abreva savia amarga. Sin ser conscientes, emanan un rastro dulzón, una señal volátil que sólo perseguirán una minoría enlutada.

Una comitiva castrense y ordenada asciende por los óvalos y lanzas de las hojas, que ya desordenan su roseta fractal. Esta romería laica se haya atrapada en su propio rastro de ácidos fórmicos. Alineada y adicta, esta senda móvil decurre hasta el enrejado involucro, en cuyo cóncavo descansan las copas florales. Decenas de labios, lilas y purpúreos, se abren a las anteras sagitadas, arco y flecha como vencejos derribados.

El encuentro es pacífico, las hormigas arriban con ademanes del pastor. Sus antenas arrullan los pulgones, quienes ronronean melazas en agradecimiento. Una vibración y todo se altera. Una belleza hemisférica vierte incertidumbre: siete puntos negros sobre fondo rojo. Su voracidad por vaciar las ánforas es apagada por la guardia armada de los fórmidos. El pacto se cierra, un mutualismo de caricias, defensas y licores: "pax rata fiat", la paz está sellada.

La ensoñación no está completa, necesita un golpe de efecto final.

Una brisa llega sin ser llamada. Este microcosmos de cardos y seres comienza un oleaje armónico. Un surtidor de parasoles puntea la calima, las cipselas coreografían una bóveda de cristales y deseos.

Por fin, ya todo es sueño.

Nos acosan fratricidios. Peleas a desigual muerte que ciertas especies emprenden contra hermanos que apenas pueden defenderse. Las sustituciones forestales son catástrofes, vastas y silenciosas, que confirman el imperio de lo falso que logra uniformidad, real pobreza por todas partes.

Pero para que el camalote devore al Gradiana; para que las cotorras deshagan nuestros tímpanos; para que el mosquito tigre amenace nuestra salud; para que el eucalipto martirice acuíferos y paisajes enteros, necesitan un parricida.

No otro calificativo merece esta guerra que la civilización acomete, todos los días y desde hace mucho tiempo contra la Vida, utilizando - otra tragedia - a seres vivos arrancados de sus hogares, cuando en la Natura nada, ni nadie, quiere cambiar de residencia. Porque las especies migratorias viven en sus viajes.

El parricida que propicia tantos fratricidios como los que ahora están vaciando el mundo debe saber que el mismo está ya en la lista de los que van a desaparecer.



Eucalipto: mentiras desveladas

Sus copas mienten al viajero. Le cuentan un falso verde que ni siquiera puede aspirar a tramoya de teatro. No le discuto la belleza, no le discuto la personalidad balsámica que recogen las fosas nasales. Él no tiene culpa alguna.

Nació para ser columna griega que ampara templos de luz, para ganarse fotón a fotón, gota a gota cada gramo de clorofila. Y ahí está, avalado y varado por la Península provocando que lloren los suelos. Porque los exprime, les extrae hasta la última molécula de hidrógeno y oxígeno. Asfixia la fertilidad. Pero él no tiene la culpa.

Tiene hojas de caramelo mentolado, constantemente avivadas por el viento. Amigadas a los recechos de sierras ignotas para él. Pero ¿qué hace allí? ¿Quién exilió su personalidad a la condición de maldito? Seguramente se sienta huérfano sin koalas ni wasabis. Buscará que alguien aproveche sus hojas, su duramen, su albura; aunque sea la Phoracantha, su Némesis. Proscrito maltratado. Pero él no tiene la culpa.

Bien, nadie puede negar que le odiamos, ABSOLUTAMENTE le odiamos. Alguien permitió un día desde un despacho mentir al paisaje. Mentir al viajero, mentir al niño que miraba el árbol. Mentir a la vista, al olfato, al oído... incluso al mar. Y ese alguien tiñó pueblos y montes de esta mentira. Comerció con su madera ignorando la personalidad, la idiosincrasia de cada loma y vaguada. Un día el eucalipto se convirtió en omnipresente. Pero él no tuvo la culpa.

*Eucalyptus, en griego «bien cubierto» en alusión a la yema de sus flores.
En el día que se desveló la falsedad de un paisaje.*

Lugares como el Museo Nacional de Ciencias Naturales
 o el Real Jardín Botánico son lo más vivaz que les queda
 a ciudades tan quietas como la capital.
 No estoy haciendo referencia tan solo a que en ambos casos
 se trata de edificios históricos rodeados de verdes parques.
 En ellos hay suelo fértil, pero también dentro de los edificios.
 Porque allí muchos científicos indagan lo que ha sabido
 hacer la Vida por las vidas. Tutelan y exhiben además una parte,
 pequeña pero imprescindible, de la multiplicidad.
 Aprender y compartir lo aprendido es el humus de la Cultura.
 Pero en estos mismos lugares brotan otras muchas
 estimulantes coherencias. Hospedan y expanden
 cientos de convocatorias de los defensores de la Vivacidad.
 Es decir que al estudio de la historia de la Vida
 suman la conservación de su futuro.



Expediciones al presente

Una fascinación pura, sin dobleces. Esther abre con cuidado extremo su imaginación, no quiere perder detalle. Sus guantes blancos levantan el telón del siglo XVIII, separa el cartapacio en sus dos mitades, ofreciendo los pigmentos que ilustran la *Commelina hispida*.

Un verde montaraz asciende por el tallo que dibujó Joseph Rubius. Sus hojas balancean a uno u otro lado el tiralíneas de sus nervios; ha subido una octava el verdor de su "amplexus". El imaginario de la dama del archivo ve a Ruiz y Pavón mirando por encima del hombro del maestro ilustrador. Los expedicionarios incomodan su paleta, mientras un azul sutil, de margen cobalto, se diluye en los pétalos incipientes. Tres máculas limonadas sellan las anteras.

Esther vuelve en sí. Desconcertada observa los anaqueles del Real Jardín Botánico, pero todavía no es consciente de su presencia en el siglo XXI. Ahora toma un paño suave, que aflora los brillos de una plancha de cobre. Una mimesis topografiada sobre el metal de la misma *Commelia*, perteneciente al Herbarium Peruvianum.

Por la ventana entra un viento con reminiscencias de Arequipa, de sus lomas y sus prados incipientes, donde la planta crece postrada. No queda lejos Perú, solo a unos segundos de sinapsis onírica; ya se oyen las velas del barco. La Expedición Botánica al Virreinato del Perú parece cantar en la Cuesta de Moyano.

¡Es increíble! - exclama sin público que la atienda - .
Desconcertante pensar que más de dos mil pliegos salieron de las incógnitas de la naturaleza peruana, con sus originales dibujos, sus planchas, sus estampas tintadas.

Dos mil herborizados viajeros a golpe de viento que desembarcan el día 7 de agosto del año de nuestro señor, de dos mil dieciséis. Y arriban en las emociones de la investigadora, dos siglos después de sus partida. Doscientos años son un breve receso para el saber. La expedición de los naturalistas no ha acabado aun.

La responsable del archivo cierra los pliegos, pero el viaje continúa en unos ojos escondidos.

A Esther García Guillén, Custodia del Archivo y Biblioteca del Real Jardín Botánico

Que nos salve de nosotros mismos una modesta hierba
que hace el amor con las abejas y coquetea con todas las brisas; nos ampara.
Erradica el tedio. Nos alegra con lo gratuito, sencillo, desparanado casi por todas partes.

¡Que suerte tenemos!

¿O nos sucede todo lo contrario ya que el mundo que amamos se desmorona?

¡No!

Sabemos que, como el llantén o cualquier otra modesta hierba,
todo volverá a empezar a contracorriente de sequías,
segadoras o ignorancias.

Por cierto, este vivificante herbario amoro en nada se diferencia
de las hierbas en que se inspira.
Lo esencial rebrota.



Frente a un Llantén

Hay mañanas que me descubro absorto frente a un llantén. Habrán pasado diez minutos, durante los cuales he apeado el cuerpo del ritmo de la ciudad.

Hoy ha vuelto a ocurrir. En cuclillas, sobre la hierba, estaba atrapado por un mandala vegetal. Una roseta sencilla de hojas hechiceras, que sumen tus ojos en sus nervaduras. En ese instante podía pasear la mirada con quietud, adentrándome en un cosmos infinito. Descender por los valles del limbo y precipitar mis pasos por la cordada de un peciolo eterno.

Debi sufrir por momentos el mal de Stendhal, un vértigo extraño, del que solo un volar palpitante me devolvió a la consciencia. Era un papamoscas, o dos o quizás tres... Deambulaban tan rápido, entre rama y rama que dudo el número. Miraban extrañados mi comportamiento. Ya estoy acostumbrado a su curiosidad en estos octubres, pero me sorprenden cada otoñada con sus cosas de pájaros.

Uno bajó a picotear sobre una candela del "plantago". A un par de metros, le veía girar su cabeza a fin de verme desde un lado y otro. Liberaba el polen de la espiga sin motivo alguno. Creo que estaba disimulando. Un poco de viento le asustó. Volvió a su rama.

Al levantar la cabeza para seguir su vuelo, vi una abuelilla que miraba toda la escena sentada en un banco: al mosquitero, al llantén y a mí. Su miraba cómplice evitó el sonrojo. Sonrió y la imité.

Me preguntó confiada:

- ¿Y cómo se llama ese pájaro?

- Papamoscas. Respondí.

- ¿Y la hierba?

- Llantén mayor. Murmuré

- Ah, hijo, el Plantago mayor. Esa la tomo yo para el asma, que no me deja dormir. Confesó con seguridad.

Me dio los buenos días, levantó con esfuerzo su cuerpo y se marchó.

Aun estoy desconcertado.

El próximo día le pregunto su nombre.

Creo que hay algo que no me ha contado.



Voluer a volver y volver a empezar son las remollos por las que la natura escapa de las carceles de los dos tiempos, el metereológico y el cronológico. Estos dos poderes or lo son y e menudo, pueden ser vencidos, por la fragilidad de los pequeños pájaros viajeros, por los nomadas del viento, por, em suma, los leves aleteos. Lo confirman, todos los primaveras, las golondrinas y sus destrezas. Entre las que destacan la invención del adobe, el contrabando de paisajes, el estrepear made previo a ellas mismas: única forma de vencer al tiempo de los relojes.



Golondrinas para Elba

Pella a pella, así juntan el barro las golondrinas. Cesan su ser azul unos segundos, para amasar la tierra en charcos y remansos. Acarician con rémiges y timoneras un planeta que alimenta sus vuelos. Solo unos días amarán las arenas, pronto serán gravas suspendidas.

Pella a pella, moldearán un nido bajo el alero de una ventana, donde una damita de ojos oscuros oirá su tristar: un canto de algarabía estival, de luz que nutre miradas y plantas. Cuando la esfericidad de la arcilla cierre el espacio, la hembra acunará unos óvalos de vida, candores de plumón.

Pella a pella, las hileras marcan el lugar de la savia nueva. De los chillidos del hambre y los silencios de la ceiba. Aquí surgirán los milagros de la historia natural, cuando una pequeña emplumada no abra sus ojos, no inaugure los paisajes. La madre buscará la hierba de las golondrinas, la celidonia mayor. Cuatro pétalos de sol y terciopelo serán el reclamo.

Lágrima a lágrima, donará la planta su latex, para caer sobre los ojos impúberes. Lágrima a lágrima, un ámbar sanador abrirá sus párpados. Lágrima a lágrima, se bautizará del día y sus regalos.

Entonces, solo entonces, volverán los aromas del aire, "volverán las tupidas madre selvas..." volverán la poesía y los poetas, cuando un gorjeo de risas lleve en sus manos, ramos de celdueñas y bandos de chelidones.



Quien fuera de sí su alma sitúa,
saborea la Vida.

Quien dentro de sí alberga demedores,
puede salvar lo que a todos salva.
Lo que más nos avida es vivir.
Lo que la compasión,
muestra mejor obra de arte, logra
es que ningún desprecio nos haga olvidar
que también somos todos y todo.



Guárdame

Guárdame, querido maestro, el cadmio de los helechos
que borbotea en la siringa de oropéndolas enceladas;
el viento que ovaciona la hojarasca de las choperas,
a esa hora exacta de los días cortos.

Guárdame el cobalto en las pizarras,
las que refugian los hogares del hollín,
antes de las últimas escamas de ocelos y lagartos;
así andará con sosiego el segundero de mis botas.

Guárdame sangre de escaramujos
y el siena de las arcillas derramadas;
levantaré un cuenco de carmines
donde nazca el quebranto de los huesos.

Liga las clorofilas de los prados,
trenza los lúganos a pupilas y obsidianas,
funde, por fin, lo fértil y lo bello:
elogiaremos juntos la sombra del venerable.

Porque ahora necesito los cielos de Turner,
el óxido campesino de las danzas de Diaghilev,
de Lorca el azahar y la menta en su mano,
escuchar a Sarasate en vetas de arce.

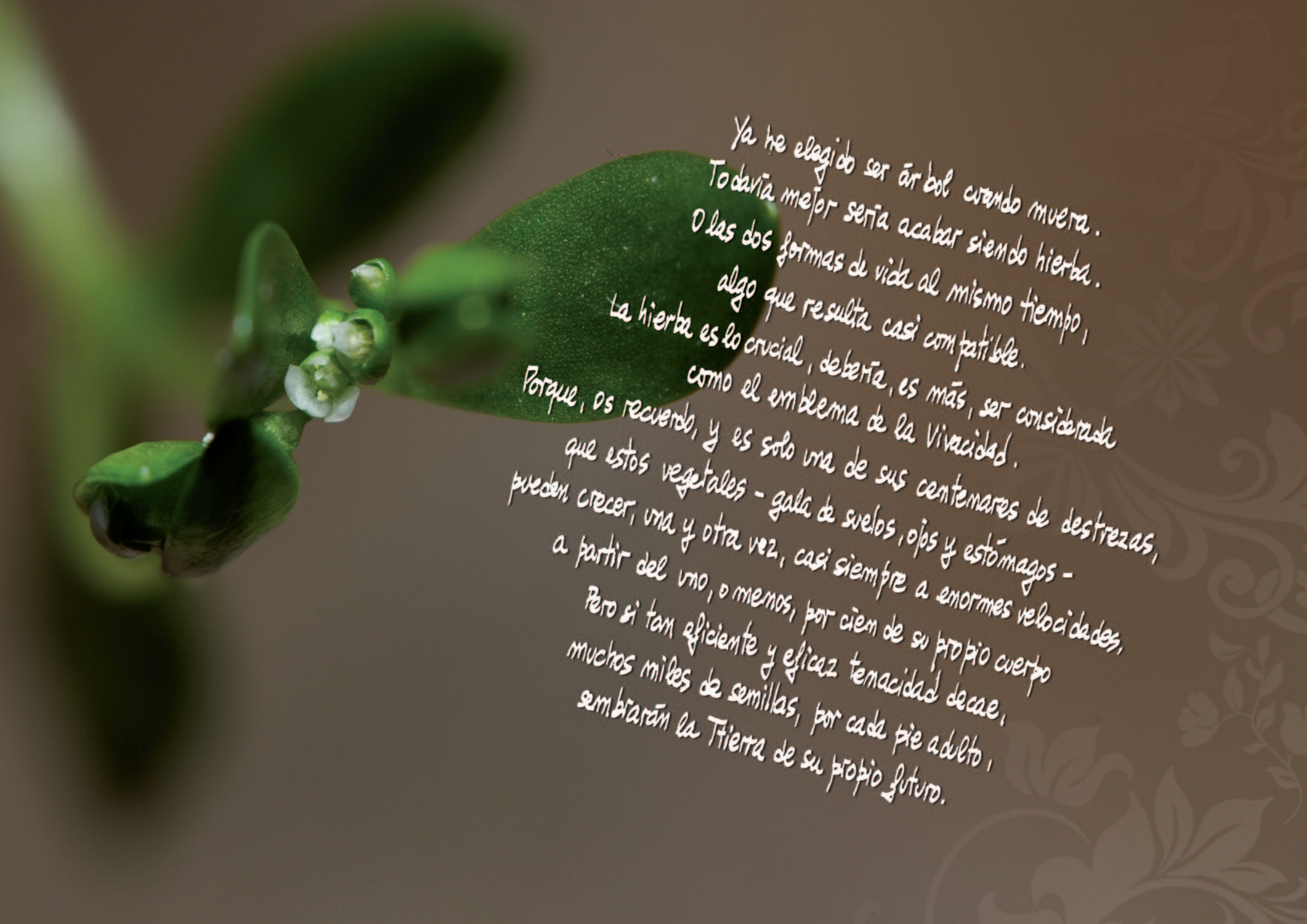
He interiorizado la personalidad de tejos y cipreses, de castaños y olivos,
y he visto a los alcornoques descarnarse en coliseos lignificados.

Ahora veo los árboles uno a uno, únicos, irrepetibles.

Guárdame en tu paleta los pigmentos de lo vivo,
los matices de lo inerte, el estremecimiento y sus tinturas.

Guárdame, querido maestro, del olvido ingrato.

Al maestro pintor Fernando Fueyo



Ya he elegido ser árbol cuando muera.
Todavía mejor sería acabar siendo hierba.
O las dos formas de vida al mismo tiempo,
algo que resulta casi compatible.
La hierba es lo crucial, debería, es más, ser considerada
como el emblema de la Vivacidad.
Porque, os recuerdo, y es solo una de sus centenares de destrezas,
que estos vegetales - gala de svelos, ojos y estómagos -
pueden crecer, una y otra vez, casi siempre a enormes velocidades,
a partir del uno, o menos, por cien de su propio cuerpo.
Pero si tan eficiente y eficaz tenacidad decae,
muchos miles de semillas, por cada pie adulto,
sembrarán la Tierra de su propio futuro.

Guekka hambrienta

Vivo en el hambre, en la maraña del hambre, en la codicia del hambre.
A penas unas acederas que verter sobre la necesidad.

Camino al pié del agua, donde la fertilidad existe. Busco en la desesperación, en la extenuante adicción por vivir. Alcanzo un arroyo que se amarra a la ribera de mi andar.
Amenaza la noche, no hay certezas en los pasos. Pierdo la vista, todo es incertidumbre.

Arrodillado, cuatro sentidos mantengo. Me hallo con ellos. Manoteo en una tiniebla permanente, donde todo lo demás es lo importante. Arranco una macolla del agua, suave, fresca. Trago estas hierbas y me saben a recuerdos. Soy consciente del silencio de todos los sentidos, los otros, los mudos. Antes sólo hablaba el ojo, en un monólogo de discapacidades.

Me reto a un acertijo absurdo del que conozco la respuesta. Busco en la memoria del gusto.
Ese gusto a verde, de una levedad intensa que empieza a orientarme. Unos pequeños tallos, que tuercen y retuercen sus líneas, cargan sobre mi boca. Regajo, bendito regajo. Sin aliños ni aderezos, savia pura. Recuerdo instantáneamente a la abuela, con sus manos entre la maruja; como ella le decía.
La veo separar con cariño las hierbas para dárselas escogidas al abuelo. Las pequeñas "hojas que no manchara el pupo", que no tuvieron flor. Y mi abuelo, acogido al escaño, al pié del hogar. Sus ojos perdidos en la hambruna cotidiana. Y yo les miraba.

Un golpe me despierta de la ensoñación. Pisoteos de ramas.

Vuelvo a mi vocación: el correr de los desterrados, el correr de los perseguidos.

¿Cuándo acabará esta guerra hambrienta?

A la maruja, *Montia fontana*

Si a uno le gustaría ser hierba porque es lo más solidario,
imagínense llegar a ser pradera. "Contener multitudes"
como nos escribió Walt Whitman, pero no solo de humanos,
sino de lo que sostiene a la Humanidad y a la mayor
parte del resto de lo viviente. Todo uno y uno todos.
Tercio pelo verde que acaricia y es acariciado.
Luz que desanda el camino de la luz:
borbotones verdes que suben hacia su origen.
Lo que más cabezas agacha para que se yerga la Vida.
Es más, los verdes de las praderas son agua que respinga,
todas las primaveras y algunos otoños,
para disolver la vejez del mundo.
Incluso, bien mirado, pensado y sobre todo sentido,
las verdes praderas demuestran que la fraternidad
es mucho más norma que el egoísmo.
Y, claro, no comprendes que existan los herbicidas.



Herbario de Biodiversidad

Túmbense sobre la hierba, dejen que acaricie sus manos y su nuca.

Tras unos segundos vendrá la calidez en los párpados, blanca, placer
de la mañana vernal.

Después de unos minutos de emoción fotosintética,
giren su cuerpo, contemplen la pradera.
Gocen de las decenas de vidas que tienen ante sí: melisas, toronjiles,
lúzulas... Todas y cada una con sus ciclos, sus rimas, sus estrofas.

Unas nutrirán abejas de la miel, otras limoneras de libar,
todas poemas del coexistir.

Cada planta es un verso a interpretar,
y juntas forman sonetos en los robledales,
odas entre las encinas, alejandrinos sobre las montañas.
Todas tienen sus rimas, todas tienen sus cantos

Llegará el reclamo vital de mirlos y zorzaes,
los ladridos del corzo, los silbidos del rebeco.
Unos entonarán trinos, otros bramarán óperas y Rigoletos.

Poco a poco, el escenario se hace visible y la danza comienza.
Una coreografía de vientos y soles,
de plumas y hojarascas despliega las escenas.
Pliés y relevés que emparejan la totalidad
Un grand jeté enlaza vitalidades.

La diversidad de la vida la definió la gran bailarina Isadora Duncan
en 1902:

He aquí lo que estamos tratando de conseguir: combinar un poema, una
melodía y un danza, de modo que ustedes no escuchen la música, vean la
danza u oigan el poema, sino que vivan en la escena y en el pensa-
miento que todos ellos expresan.

Estoy convencido de que viviríamos más si no midiéramos el tiempo y mucho más, todavía, si no tuvieran que venderlo las mayorías a cambio de salarios, infinitamente menos valiosos que su tiempo, que su vida.

Ya he llamado, aquí mismo, matón al tiempo. Pero también es todo lo contrario. Puede ser y es génesis, comienzo de todo.

El tiempo, sin existir realmente, da la existencia, como el agua que hace la vida sin estar viva.

Me ha hecho pensar en esto un fósil de cola de caballo que un admirador me regaló convencido de que se trataba de un colmillo.

Que la piedra que tengo entre las manos se estremeciera por las caricias de la brisa hace 400.000 siglos permite, al menos, una sonrisa por parte de la extrema fugacidad que somos: un descreer en el reloj y el calendario.

Pero no menos la reverencia cuando llegas a saber que descendientes vivos de ese fósil del remoto pasado crecen todavía a nuestro lado.



Herederas del Carbonífero

Contemplando estos reverdecidos minaretes nuestro imaginario fantasea. Su centenar de centímetros se sobredimensionan y los tornamos en ciclopes del Terciario. Las colas de caballo abandonan su condición de herbácea y nuestras circunvoluciones cerebrales la ascienden a señores arbóreos de pretéritos bosques. Su arborescencia, nacida hace 400 millones de años, la hizo dominar la corte carbonífera del reino vegetal. Hoy su treintena de metros se menguaron a la unidad.

Esos desvanes del tiempo que son las escombreras de carbón, atesoran los fotolitos de su dinastía. Sus herederas miran desde las orlas de la mina a sus nobles predecesoras. Permanecieron fijadas en el flujo de milenios, formando teselas de un mosaico imposible. ¿A quién sombrearon sus copas? ¿Quién gozó de su frescor? A las cristalinas, evanescencias de Art Novo sortearían sus nudos y entrenudos. Siluetas volanderas de libélulas se perfilarían en cuerpos etéreos sobre sus troncos. Cielos sin aves ni trinos, cielos de insectos y estridulaciones. Entonces nosotros no éramos más que un anfibio con ansias de reptil. Nacíamos arrastrándonos por el barro... no lo olvidemos.

Los millones de siglos se memorizaron en los estratos geológicos y en su último techo crecen ahora las colas de caballo, pseudónimo vernáculo de los equisetos. Seres asurcados, articulados cual mecanos que una mano de niña monta y desmonta con fruición. Juguetes improvisados sobre riberas, sobre gravas, sobre arenas. Sombra y agua por menú. Velas que alumbran esporas, estróbilos que en los que convergen sus delineados portes. Siempre anónimas, discretas, ignoradas.

Pero hubo quién las empleó y las emplea. Carpinteros viejos que besaban la madera con estopa de equiseto. Lijado fino que embellecía anillos de vida. Cuerpo silíceo allanando asperezas. Los hortelanos de hoy, acorazan sus cultivos frente a los hongos. Se valen de preparados de equiseto que se vierten al sol del mediodía. Plantas que protegen plantas. Mansas bondades.

Equisetum ramosissimum, "cola de caballo enramada". Descrita por el botánico francés René Louiche Desfontaines en 1799. Nombrada por las libélulas cuando ni la palabra ni el tiempo existían.

Crecer con lo que crece.

Cuidarte cuidando de lo que te cuida.

Rejuvenecer incesantemente
mirando nacer manantiales.

Ser raíz para despegar.

Copiar las destrezas de la fertilidad.

Escanciar, como si lluvia fueras, tu sudor que vivifica.

Y acabar comiendo tu trabajo
sin el mentiroso dinero intermediario.

Todo esto me regala mi huerto
como la vida adolescencias.

Huertos de eterno verano

Ese temblor cuando llega el agua a los dedos, cuando aborda en avalancha de frescor tus pies y todo el cuerpo se estremece agradecido. La sensación de pisar la tierra mojada y que tus plantas amasen el barro. Ver hidratarse los terrones, desmoronarse, cambiar sus matices, oscurecerse.

El caer la nube, la tormenta estival que nos busca y se derrama sobre nosotros. La inundación de petricor en el aire, el olor de la tierra recién humedecida. Llover sobre mojado.

Ser espectador del verdear del huerto, de sus conjuras de color y sentirse satisfecho de lo plantado. Asomarse al patatal florido de copos blancos, de acentos ambarinos sobre una floresta de hojas. Seguir con la mirada los escarabajos delineantes, que devoran la planta pero son hermosos. Perder su vuelo entre los surcos, pisar los cerros despistado.

Escuchar las oropéndolas que cantan al calor, con estrofas acuosas de sabor alimonado.

Morder el primer tomate, furtivo, sin que nadie te vea.
Arrancar el naranja al suelo y oír crujir los carotenos.
Llorarle a las cebollas, para que ellas no lloren a Miguel.
Esperanzarse con las lechugas, porque son verdes, muy verdes y nos gusta el verde.

Reirse con los pimientos porque son muy "dalinianos" o recitar a las alcachofas porque nos enamoramos de Neruda.

Esconder la bicicleta al final del huerto y huir a ser tú.

Enamorarse de unos ojos bajo el negrilla de la iglesia. Pensar que el estío es eterno, que siempre tendremos catorce años.

Brindar como Karen por "la cándida adolescencia".

A Almenara de Tormes y sus veranos

Sobre la tersa piel de la materia muerta puede erigirse y se yergue el gran repertorio de la Vivacidad.

Cierto es que nadie ha conseguido definir satisfactoriamente a ese primer chispazo.

Tampoco servirá del todo mi aportación pero me atrevo a escribir que la Vivacidad es el invisible impulso irrefrenable

que funda a lo que nos funda. En suma una prolija y misteriosa comadrona

que forma todas las formas y luego hace palpitir en su seno infinitas narraciones.

La Vivacidad es la gran esultora, artista de los artistas.

Siempre con los mismos materiales, a menudo escasos, convierte lo inerte, descolorido, informe y callado

en chaparrones de colores, movimientos, sonidos, conductas y ansias de procrear, es decir,

de imitadores de su creatividad. La Vivacidad toma su forma de lo que ha formado.

Busca repetirse, que todo se repita, que es la única manera de que el Tiempo no te expulse de su seno.

El Arte se basa en este mismo anhelo de perduración.

Conviene no olvidar que los procesos creativos de los humanos insisten en la tendencia básica de la Naturaleza.

Pero cuando es enfocado hacia lo espontáneo, como aquí intentamos hacer,

cumulo lo fundacional es nuestra inspiración, entonces asistimos a una intensa fecundación cruzada,

al arte del Arte, a la naturaleza de la Naturaleza, a la vida de la Vida.

Y todo ello, casi siempre, a partir de lo que no vivía

hasta que llegó la Vivacidad; de lo que no se expresaba hasta que llegó la Poesía.

La última deidad

He querido ver tu escultura con mis manos. Visualizar la obra con las yemas de los dedos. La oscuridad es una aliada fiel para los detalles, busca los rincones que roban las raíces a la vista. Ellas son ciegas, en la nada fértil de la tierra palpan los orígenes. Asoman brevemente al manto de helechos su esencia de sauces. Nadie las toca, no quieren enturbiar sus dedos con la tierra negra. Sin embargo, mis manos agradecen ese frescor de hojarasca.

Sobre este tálamo ribereño levantas la Pachamama, tu última deidad laica. Allí donde se une salgueiro y melojo, trenzan en lo profundo xilemas y floemas, para elevar un cuerpo hermoso y quimérico. Corteza de roble, cuarteada y poliédrica, cama de silencios, vientos y ovaciones: ¿Se acordarán de ti los chopos en la noche?

Dos manos sobre las piernas leñosas, una lectura en braille para trepadores azules en perfil escondido. Ondas concéntricas en su médula espinal, una piedra hundida que nunca toca fondo. ¿Dónde llegarán los ecos del agua oculta?

Luego, un vientre de lluvia refleja tu rostro cansado. Un metal amniótico que todo lo baña. El medio en que todos placemos, nos mira para no olvidar; es el acero pulido e incómodo de la conciencia. Se ofrece para acariciar con mesura pecados cometidos, los atentados al ambiente de los pulmones y almas. Respiremos, aun no está prohibido.

Sobre el cóncavo refulgente, un torso enrejado de brezo ardiente, de incandescente hierro preñado de fuegos. Aire repleto de prados vacíos. Aire que toco y bebo, que insufla pasados de lunas corriendo. Ahora esculpes las nubes sin prisa, juegas a modelar la voluntades de Saramago, mil esculturas a la vez.

Por fin te llegó la calma, la faz serena de Gaia forjada del Fuego de Heráclito, vestida del Aire de Anaxímenes, fertilizada en el Agua de Tales de Mileto, plantada en la Tierra de Jenófanes.

Todos somos ella, la Mama Pacha, la Gea griega, la Madre Tierra.
...Y tú, ya eres ella.

A José Ángel García Encinas. Escultor de voluntades.

Citarse con lo esencial y que acuda, forma parte de lo mejor.
Cuando oportuna y puntualmente salimos al encuentro de la primavera
y allí está, por todas partes, comenzándolo todo,
somos felices porque van a serlo también el paisaje entero
y todas sus vidas. Asistimos al encuentro de lo propicio con lo necesario.
Pero ahora reina la impuntualidad. Cuando el tiempo de las estaciones,
las especies, los ciclos; cuando las surgencias y las cadencias
son obligadas a retrasos o adelantos, demasiada vida fracasa.

El tiempo, los dos tiempos, climático y cronológico, frídan y fecundan
a todo lo palpitante siempre y cuando ellos dos
también se encuentren en el momento preciso.

La prisa que engendra el cambio climático extravía, demasiadas veces,
los intentos de encontrarse que siempre buscan
los calendarios de la Naturaleza y la continuidad de la Vida (etc).



Las flores horarias del magnolio

Barría los últimos versos del otoño, con la curiosidad de un niño.
Se preguntaba por la tardanza de la caída de las hojas. Si en el origen "todo"
tenía su ritmo y tempo, porqué ahora estaba "todo" alocado y sin compás.

Nunca le gustó quitar la hojarasca de los jardines. A Bepo Barrendero, sus 70
años le habían enseñado a gozar y contemplar cada momento de los árboles.
Le enamoraba el magnolio, pues siempre tenía unas lustrosas hojas de Ficus.
Le mantenía la esperanza de la primavera en los días de invierno. Y el brillo
de sus frondes encendía el cuero viejo de los caducos. No le quedaba más
remedio que guardar los tesoros de los limbos caídos en los sacos del olvido.
Era un ladrón involuntario de los otoños.

La primavera le había cogido con la sonrisa en la boca y la chaqueta en las
ramas. Lo mismo hacía fresco que calor, así que su brazos igual se escondían
en las mangas que se balanceaban en su chaleco. La enramada del magnolio,
colmada de flores pretéritas, le gustaba por la armonía de sus cimales,
corales pero anárquicos. Esas flores perfumadas olían a su amiga MOMO,
con aquellos tépalos gigantes, antiguos como saurios y hermosos como estatuas.
Eran las "flores horarias", las del origen y vida de cada ser humano.

Esperaba con inquietud los frutos, el modelado de aquella piña suntuosa de
corazones calientes. La fuerza de los rojos carnales de su juventud le
devolvía sus madurez infinita. Ahora, mientras su escoba danzaba, daba las
gracias al gran magnolio. Nunca más los "hombres grises" hurtarían el tiempo a
mujeres y hombres. Y rendía su propio homenaje a la batalla ganada. Dejaba sus
hojas bajo la copa, flotando sobre la hierba, para que volvieran al origen, al
suyo y al nuestro, cumpliendo su misión: Ser humus para ser humanos.

Las plantas saben saber.
Son la sazón de la Tierra porque la visten.
Sazonan los futuros porque comen luz
y todos los demás nos las comemos.
Son la esencia de lo esencial
por habernos convertido en sus parásitos.
No eluden ser, al mismo tiempo,
caprichos para el paladar, la vista, el olfato.
Así pues, no solo saben saber, también
demuestran tener un excelente buen gusto.

Las fumadas de curry

Tienen cierta hermandad los avetorillos con la "flor de los colmeneros". Andan estas aves veladas de juncos y enneas. Cuando amenazadas, no se ocultan o huyen, elevan rostro y pico cerrando un escorzo al viento. "Miracielos" le dicen los marismeños de Doñana, versando esa pose altiva que confunde su plumaje con el juego de sombra y luz. Andan siempre recónditos entre las espadañas.

Una pose semejante le ocurre a estas matas, "perpetuas del monte". Cuando los apicultores las enclaustran en sus ahumadores, xilema y floema se deshacen en fumaradas voluptuosas. La flor de los colmeneros asume su antrópico destino y dona su ser acuoso al servicio de la miel. El humo naciente del agua evaporada, adormece a las abejas cuando el "abellero" trata de hurtarles la fructosa.

Parece que esta planta evolucionó para ser quemada. Su ignición es ágil, otorgándole el vernáculo de yesca. Bello nombrar para un ser anónimo. Arde con esa sencillez que el pasado la hizo querencia de pastores trashumantes. Eran inviernos de aquella Alcarria austera.

Quedan pendientes de citado sus virtudes culinarias. No hace alardes, solo se insinúan sus capítulos de yema de huevo. Deshacer sus cúmulos de flores entre los dedos. Desvestir moléculas para el embriago. Dejarse querer de sus reminiscencias de curry y regaliz. Cocinar buscando los gustos hindúes. Toda ella es genoma evaporado.

Un curry de pobres, de aquellos que nunca imaginaron la India. Una cocina de lumbre y puchero por la que nunca pasó la palabra gastronomía. Hojas cenicientas que se echaban al sabor de ramos de flores. Viejas recetas viajadas de boca en boca bajo la luz mortecina de una palmatoria.

Helichrysum stoechas: sol dorado. Donde nadie ve, otros reconocen.

En no poca medida somos tantos y tan amontonados por haber monopolizado algunas semillas. Sin olvidar que pudiera ser que los realmente domesticados, por las plantas que comemos, seamos nosotros.

¿Hace falta recordar que dependemos por completo de los granos de cinco especies?

La semilla, energía empaquetada para vencer al Tiempo, es ante todo un mensaje.

La planta que la emite narra su propio futuro trascendiendo los, casi siempre, contrarios de calidad y cantidad. Para burlar a los insaciables

- hongos, animales y, sobre todo, humanos - consigue ser infinidad.

Para poder germinar, incluso milenios más tarde de su nacimiento, son claustros, casi impenetrables, repletos de alimento e información.

Alguna tan crucial como leer las instrucciones del clima.

De ahí su matrimonio con lo local, con la temporada oportuna.

Lástima las actuales manipulaciones que arrastran al olvido y la extinción a miles de semillas especializadas en ser correctas. vívaces, adaptadas, es decir, sabias.



Las lechugas del señor Remigio

Al contemplar el huerto de Eloy "el minero", tuve una curiosa sensación. Su armonía y disposición parecían estar detenidas en el tiempo. La alternancia de surcos y cerros se repetía con texturas y colores diferenciados. En unos, las flores blancas de las patatas, en otros, las brillantes hojas de los pimientos; y así, podría ir enunciando una letanía hortícola que acabaría en mi infancia de pies mojados sobre el huerto.

Eloy, "el minero", lleva toda la vida cultivando aquella cortina, encuadrada entre muros de piedra seca. No habla mucho, pero si te acercas a comentarle algo de la belleza de su huerto, empieza una siembra de palabras sin freno: de cuando aporca los puerros, de las cenizas de encina que echa a los ajos, de los lirios que tiene para su mujer... toda una nutritiva conversación de conocimientos y sentimientos.

Pero han sido las lechugas el objeto del desconcierto. Las suyas tienen un verde prásino al nacer, con matices glaucos, que maduran en perfiles de puerro tierno. Yo había visto este cuadro antes, pero no en un museo, sino en otra huerta. Sin intención de molestarle, he desviado la conversación hacia los sabores, de cómo ya apenas nada sabe como antes. Y creo que ha apreciado mi mirada. Ha pasado rápido en su contar por los tomates, pues el destino de sus frases eran esas lechugas. Me cuenta de la importancia del color para reconocer su salud, pero insiste en su sabor, delicadamente amargo. Me dice que al cortarlas lloran una lágrima lechosa y que le molesta que su hija coma esas mentiras de lechugas que le dicen iceberg.

Es el momento de preguntar.

- Eloy, esas lechugas ¿De dónde han salido?
- De la Huerta de Remigio, que en paz descanse.
- Pero si el señor Remigio falleció hace treinta años.
- Pues desde entonces las planto. Para recordarle y que no se pierdan.

Le miro con admiración. Él, sin vanidad ni orgullo, se va para la caseta y de un bote de cristal saca unas cuantas semillas, las pone en un trozo de tela y las deja en mi mano.

Al levantar la cara le observo unos segundos con agradecimiento y él cierra la conversación con una frase lapidaria.

- Ahí te las doy, que no me entere que las dejas perder. A mí me quedan ya pocas vueltas del reloj.

Le dejo regando. Vuelvo la cabeza en el camino de vuelta y soy consciente de que miro al pasado con las simientes del futuro en las manos. ¡Cuánta bondad anónima!

Como las islas las ciudades están rodeadas por todas partes de lo que les da sentido y, sin embargo, se ahogan en megat. Carecen, claro, de agua salada y de campo, los han expulsado y hasta despreciado y, sin embargo, son lo que les mantiene, consiente y abraza.

La ciudad no produce agua, ni aire limpio, ni comida, pero si acapara todo lo esencial. Engulle paisajes enteros y su vivacidad. Y, mezcúma, no reconoce su total de dependencia.

El principal monumento de todas las plazas mayores debería ser a la Naturaleza. No los veremos pero sí, de vez en cuando, la desafiante ternura que nos envía lo olvidado.

Se trata de otro triunfo frágil, como el de las golondrinas.

Esa hierba, esa planta ruderal, esas florecillas que a veces titilan entre las grietas del cemento y del asfalto nos recuerdan que todas las ciudades no solo están en medio de los campos, sino también que son posibles por lo que niegan, olvidan y tantas veces destruyen.

Lo que queda del campo en la ciudad

He rodeado a la ciudad, he liberado a las plantas.

Estaban atrincheradas. No ha sido fácil.

El muro ciego de las aceras amordazaba y asfixiaba toda la comunidad.

Las supervivientes buscaban luz y agua entre grietas y escombros.

Salvadas por las lluvias y los detritos, solo huyen con facilidad por los márgenes de la urbe o corriendo en las riberas. En el interior se refugian donde los campos del privilegio, los jardines de las escogidas. Se agazapan entre setos y paredes, allí no serán fumigadas. Otras, menos afortunadas, mendigean en los alcorques de paseos y rotondas: la belleza humilde está proscrita.

Corrieron peligro las más expuestas, gentes como las malvas: una floración excesiva, una proporción desmesurada las marcó en el objetivo. Llamaban la atención con cierta inconsciencia, pero era su naturaleza, la necesidad de abrirse y ser amantes de longicornios.

La sentencia fue dictada, el herbicidio llevaba puntos suspensivos.

Pintores y poetas salieron en su auxilio. Los pinceles no podían ser condenados a lienzos sin rumores violáceos. Las palabras no querían callar las honras a los romanos muertos, a las arenosas tumbas que las cultivaban.

Las malvas mostraban sus palmas verdes abiertas, en son de paz. Contagiaron un clamor herbáceo que recorrió las calles y avenidas. Todo un plantel de jaramagos y senecios, de viveras y cardos concordaron la resistencia pasiva.

Llegado el momento crítico, me erigí en mediador de las ruderales, abogado de las arvenses, defensor de las viarias. Argumenté en su favor la personalidad silvestre, su condición de recuerdo único, el alegato de una niña de ocho años:

SON, LO QUE QUEDA DEL CAMPO EN LA CIUDAD.

Hubo absolución.

He rodeado a la ciudad, he liberado a las plantas.

Para Victoria, "sonreidora" y filósofa

La música puede consolar de la ceguera. A veces puede provocar una transitoria pérdida de visión voluntaria para intensificar las tonas del oído. No menos una mirada admirada puede clausurar juzgadamente los tímpanos. Una buena caricia puede necesitar que mientras actúa quedemos ciegos y sordos. El "olor lo pone todo celeste" como le sucedió a Miguel Hernández. Es más, podemos saborear paisajes con solo recordarlos, a oscuras, encerrados en cualquier habitación. Incluso podemos mudar la tarea de los sentidos cuando vemos por el canto o por el olor. Por eso cabe no aceptar el poético lamento de Faxicura. Porque leyendo a Raúl de Tapia huelo el frescor de los amaneceres otoñales en el bosque. Todo ello, eso sí, a la espera de que seamos más los que contemplamos el contemplar como la más completa de las actividades artísticas.

Los trazos del palmito

Su mano dibujaba invisible el perfil. Tras unos segundos, Faxicura tomó su pincel. Una vez mojado, retiró el exceso de tinta sobre el lateral de la piedra rugosa y colocó paralela su mano en el suave papel de arroz. El primer trazo ascendente se vio acompañado de una triada que miraba al norte. Volvió a tintar los cabellos de lobo y los segundos trazos se dispersaban desde epicentros comunes.

Hasekura Tsunenaga, su nombre original, nunca había visto aquella pequeña palmera. Le recordaba con intensidad al Sotetsu de su Japón natal, que los europeos llamarían un siglo después *Cycas revoluta*.

Sentado sobre una piedra, a las afueras de Sevilla, se iba enamorando del palmito a medida que pintaba. Con un detenimiento innato, recogía los pliegues de sus hojas, como abanicos de verde y cobalto. La tinta las juntaba en una roseta al final del tronco, sonriendo con cautela y pulso firme. Allí se desleían en el hollín de las aguadas, hasta casi desaparecer. Los pequeños dátiles maduraban del carmesí al escarlata para caer en la negrura del tintero, cuando los tejones iban a devorarlos.

Faxicura, primer embajador nipón en la España de 1614, se recuperaba en estas ausencias vegetales de su compleja misión. Aquella humilde palmera, la *Chamaerops humilis*, le trasladaba a la Cycas milenaria del Templo Myôkoku - Ji, junto a Osaka.

Dejó secar su pequeña obra, mientras trataba de atrapar aquel olor a luz de sal y agua de olas. Queriendo dibujarlo solo escribió unos versos:

No tengo pincel
que pinte las flores del ciruelo
con su perfume.

Al maestro arboricultor José Plumed

La música puede consolar de la ceguera. A veces, puede provocar una transitoria pérdida de visión voluntaria para intensificar las tonadas del oído. No menos una mirada admirada puede clausurar juzgadamente los tímpanos. Una buena caricia puede necesitar que mientras actúa quedemos ciegos y sordos. El "olor lo pone todo celeste" como le sucedió a Miguel Hernández. Es más, podemos saborear paisajes con solo recordarlos, a oscuras, encerrados en cualquier habitación. Incluso podemos mudar la tarea de los sentidos cuando vemos por el canto o por el olor. Por eso, cabe no aceptar el poético lamento de Faxicura. Porque leyendo a Raúl de Tapia huelo el frescor de los amaneceres otoñales en el bosque. Todo ello, eso sí, a la espera de que seamos más los que contemplamos el contemplar como la más completa de las actividades artísticas.

Los trazos del palmito

Su mano dibujaba invisible el perfil. Tras unos segundos, Faxicura tomó su pincel. Una vez mojado, retiró el exceso de tinta sobre el lateral de la piedra rugosa y colocó paralela su mano en el suave papel de arroz. El primer trazo ascendente se vio acompañado de una triada que miraba al norte. Volvió a tinter los cabellos de lobo y los segundos trazos se dispersaban desde epicentros comunes.

Hasekura Tsunenaga, su nombre original, nunca había visto aquella pequeña palmera. Le recordaba con intensidad al Sotetsu de su Japón natal, que los europeos llamarían un siglo después *Cycas revoluta*.


Sentado sobre una piedra, a las afueras de Sevilla, se iba enamorando del palmito a medida que pintaba. Con un detenimiento innato, recogía los pliegues de sus hojas, como abanicos de verde y cobalto. La tinta las juntaba en una roseta al final del tronco, sonriendo con cautela y pulso firme. Allí se desleían en el hollín de las aguadas, hasta casi desaparecer. Los pequeños dátiles maduraban del carmesí al escarlata para caer en la negrura del tintero, cuando los tejones iban a devorarlos.

Faxicura, primer embajador nipón en la España de 1614, se recuperaba en estas ausencias vegetales de su compleja misión. Aquella humilde palmera, la *Chamaerops humilis*, le trasladaba a la Cyca milenaria del Templo Myōkoku - Ji, junto a Osaka.

Dejó secar su pequeña obra, mientras trataba de atrapar aquel olor a luz de sal y agua de olas. Queriendo dibujarlo solo escribió unos versos:

No tengo pincel
que pinte las flores del ciruelo
con su perfume.

Al maestro arboricultor José Plumed



Humano, acaso la palabra que peor entendemos por ser la más crucial, quiere decir 'del humus', es decir de la Tierra fértil. A su vez imposible sin la humilde humedad. Nos nombra, pues, lo que nutre a lo que nos nutre. Algo que debiera ser suficiente para que tuviéramos la máxima consideración hacia el formidable, esencial y creativo proceso de la fertilidad natural. Ahí mismo bajo nuestros pasos, si no hemos abierto, claro, el abismo del asfalto y el cemento; ahí justo bajo la piel de la Tierra, se despliega el más variioso cosmos de convivencias. Tantas que hemos llegado a saber que la fertilidad natural acoge a más seres vivos que cuerpos celestes tiene el universo. Que la cantidad abruma no invalida que sea todavía más fascinante la calidad. Porque todo lo vivo fuera del agua emana de la amistad entre sol y aire, lluvia y tierra, vida y su continuidad. Algunos le llaman simbiosis, pero más adecuado sería usar la palabra fraternidad.

Lúpulo voluble

Es el lúpulo una planta voluble. No caprichosa o frívola, sino que así la define la interpretación botánica de su crecimiento. Trepa abrazándose a la cintura del prójimo, como las hiedras de Carmen París. Y lo hace con ternura, sin agobiar al paciente patrón. Es más, incluso llega a contornearse sobre sí misma, aprovechando los tallos de años pasados para elevar su porte hacia la luz: 2 metros, 3, incluso 8... hasta que forma parte de la bóveda del bosque. Parece que trata de retener el tiempo, siempre gira en contra de las agujas del reloj en sus levógiros circunloquios.

Se vale para ello de los tricomas, unos diminutos garfios repartidos sobre su talle hexagonal. Los notamos en la lengua y el paladar cuando degustamos los brotes jóvenes, los espárragos de lúpulo o espárragos ortigueros. Tienen al principio un sabor áspero, derivado de su textura, pero la intensidad que desprenden en una tortilla conquista paladares. En la mesa tiene presencia en complicidad con la cerveza, pues es sabido que su amargor viene donado de los aromas y aceites de la lupulina, alma química invisible, pseudónimo con el que firma cada trago.

Y tiene otros placeres, los del sueño, nacidos también de sus hojas y flores. Las madres y abuelas sanabresas rellenaban las almohadas con sus inflorescencias para adormecer a las criaturas con mal dormir. También hay quien tomaba en infusión sus hojas de 10 en 10 para tal fin. Esas hojas que se van lobulando a medida que pasa mayo y junio, hasta coger forma de "hombrecillos", apelativo que le nombra por la iberia añeja.

Para no olvidar al lúpulo hay que oler sus pequeñas piñas verde limón. Aromatizan de forma melosa, musitan apenas una esencia melancólicamente descrita por Julio Llamazares. Él la recuerda en las noches de verano cuando salía a ver las lágrimas de San Lorenzo, ese diluvio estival de estrellas.

Lúpulo, *Humulus lupulus*. *Humulus*: de la tierra mojada; *lupulus*: diminutivo de lobo, por la semejanza entre la hoja y el rostro de mítico animal. El pequeño lobo de la tierra mojada. Bello nombrar.



¿Qué es lo que más nos hace?

Los más, y por desgracia, desgraciam a la Humanidad y a la Naturaleza, aceptando que somos lo que tenemos.

Pero lo que más tenemos es lo peor: poder, mucho poder.

Otros, los que comen conocimientos, amortiguan la ceguera considerando que somos, que nos hace, lo que pensamos.

Y pensamos con la más rara adquisición de la historia de la vida: las palabras. Esas que demasiadas veces mienten.

Vemos pocos, los que miramos panorámicamente, pretendemos llegar algo más lejos. Porque sabemos que llevamos, puesta como la piel, la entera Historia de la Vida.

Sabemos, por tanto, que somos todo lo que tenemos delante, al menos cuando miramos algo más que al ombligo de pantallas, paredes, bebidas y comodidades. Somos también lo que fue y lo que va a ser.

Somos, pues, lo demás. Podemos elegir otras definiciones, pero esta que ya sugirió Garcilaso de la Vega, es la mejor y la que nos hace mejores.

Margaritas caligrafiadas

Cuando aún no sabía bien las letras del abecedario, aprendió a oler las margaritas. Nadie le había enseñado el gesto, debía ser innato. Lo curioso es que su fragancia es tenue y poco agraciada, pero ella siempre acercaba su nariz, como si dentro se escondiera la más recóndita de las esencias.

También debía ser un acto reflejo el desprender uno a uno los aparentes pétalos blanquecinos. Ese "me quiere no me quiere" entonces se reducía a desnudar el blanco y absolver el amarillo. Había días que acariciaba aquellas flores como si se tratara de un gato, es más, pude oírlas ronronear más de una vez.

Al tiempo aprendió a escribir, y le maravilló saber que aquellas letras eran el nombre de su planta: la M, la A, la R... así hasta el final, más que deletrear parecía que tecleaba sobre las ligulas. Esta palabra, ligula, la aprendió con 6 años, y supo que su margarita era en realidad una maravilla botánica llamada capítulo: un pequeño ramo de flores blancas y amarillas, las primeras femeninas y las segundas de ambos sexos.

Con ocho años determinó, a base de observar, que cuando jóvenes las plantas se sonrojaban en la juventud, y que las flores seguían la dirección del sol. La margarita seguía desvelando secretos a medida que llegaba a la adolescencia.

Un día se encontró con el nombre científico cuando traducía en clase de latín a Plinio el Viejo: "Bellis in pratibus nascitur, flore albo, aliquatenus rubente"; es decir: La "pascueta" que crece en los prados, con flor blanca tintada de rojizo. Aquí se descubría su condición de belleza vivaz, Bellis perennis.

Todo esto ha sido un fugaz recuerdo al verla desmenuzarse unas hojas de la roseta. Está mezclándolas con diente de león para hacer una ensalada campestre. Ese olor dulzón me ha llenado los ojos de margaritas caligrafiadas.

A Luna, por hacerme ser.

la M, la A, la R...



Demasiados consideran que el Arte, como emanación superior de la inteligencia, es lo que más nos distancia del origen, de la Naturaleza.

Otros comprobamos a diario todo lo contrario, que poco, o nada, hermana tanto lo que somos con lo que también somos, es decir vivacidad, como la creatividad artística.

Reconocemos también y para empezar que fue la Naturaleza la que alumbró al artista. ¿Cabe mayor obra de arte que crear y mantener a todos los artistas de todos los tiempos? Para luego poner en sus manos tiempo, materiales, inspiración para, gobernándolos con destrezas varias, dar forma y emoción a lo que dormía en la vieja memoria de la Naturaleza.

Es lo que reconocen estos dos simogramas

✧ árbol ✧ arte

tan solo dos palabras y casi comprendes lo esencial.



Modelar desde las plantas



Llegaba a la clase con fotografías inquietantes. En ellas aparecían flores desnudas, mostrando exuberantes cálices y axilas, hojas íntimamente abrazadas o estambres y estilos abiertos al desenfreno anemófilo.

Era un profesor diferente. Sin ninguna duda, esta opinión era la más común entre los alumnos. En invierno, cuando las plantas que posaban para ellos fenecían, las imágenes en papel despertaban sus más apasionados instintos creativos. Sobre la mesa de dibujo, se esparcían decenas de imágenes, identificadas taxonómicamente una a una.

Aquel positivado llevaba por título "Aristolochia clematitis", y aquel otro "Dianthus plumarius". Todos y cada uno poseían una luz difusa, emergiendo cada bráctea o nervio de un fondo de grises anónimos. Por ejemplo, los "Dipsacus" eran esbeltos y erectos sobre los olvidos de una ceniza inerte. Y las "Saxifragas" te invitaban a amarlas desde una lechosa indiferencia. Aquellos aprendices estaban fascinados por un hombre que provocaba la inspiración, desde las formas sencillamente complejas de la Naturaleza. Todo aquella fascinación botánica vertida sobre una fotografía incipiente era desconcertante en 1924. Su intensidad iconográfica fue el camino hacia la diáctica de la belleza.

Karl Blossfeldt había encontrado su grial pedagógico: educar en la hermosura de las formas desde la morfología de las plantas. Tanto fue su acierto, que la Escuela de Artes Aplicadas de Berlín mudó el nombre de una aséptica materia titulada "Modelado y vaciado en Hierro" hacia el rítmico término de "Modelado desde las plantas vivas".

El que fue un joven aprendiz de fundidor y recorrió Italia, Grecia o África cosechando floras fotográficas creó un biosfera estética para una Nueva Objetividad.

Poco antes de pasar a ser parte del reino vegetal dejó germinando esta propuesta sobre un papel:

"[Solo de la] naturaleza, de la que han bebido los pueblos de todos los tiempos, puede el arte tomar una energía y un estímulo nuevo para desarrollarse sanamente. [...] ...la naturaleza -que ejerce sin descanso su oficio de constructor- es nuestra mejor maestra..."

Ni todas las palabras del diccionario, usadas a la vez,
alcanzarían para atisbar una suficiente definición de la Vida (etc).

Entre otros motivos porque todavía carecemos de términos,
de nomimativos para la mayor parte de lo que vive.

No meemos porque la Vivacidad apenas puede ser expresada.

Sumemos la actual sequía que el léxico padece en demasiados cerebros.

Todavía más grave resulta que seamos tan pocos los que consideramos lenguaje a lo que, sin palabras, dice la Natur.

La desesperación nos atrasta cuando las palabras cruciales son raptadas por un puñado de traidores,
pretendidos dueños del criterio acertado.

Muchas acaban presas de significados diametralmente opuestos a los que salvarían

la comprensión de la anecida ignorancia sobre la Vida y sus seveles.

Palabras que sangran

En ocasiones hay que enzarzarse, enredarse en el ovillo de las
pugnas necesarias.

Es probable que salgamos lligadas por esas espinas de colmillo
insaciable. Largos turones son las batallas hasta que se ganan.
Se prolongan en un laberinto sin fin, del que no sabes si entras
o huyes. Pero Ariadna nos cede sus hilos, para tejer nuevas sali-
das y no ceder a las viejos minotauros.

Porque somos luchadoras nos atraen los pétalos ovados del bien
común; rosados de 5 en 5 como las ideas principales, como el
quinteto de las soluciones quiméricas.

Luchamos para que venza la vocación sonora de la palabra aliseda,
la fonética de las hayas, la semántica de los robledales. Por los
BOSQUES con MAYÚSCULAS nos enzarzamos. Alzamos en una hornacina
de ramas al "Rubus ulmifolius", como símbolo de la lucha. Con su
salmodia de resistencia y resiliencia: "Si me cortas me podas, si
me quemas me abonas".

Ganaremos sí o sí. Porque deseamos que fructifique en cada monte
las drupas poliédricas de la diversidad. Que el tiempo y la llu-
via pudran la deforestación, la erosión, la desertización... Que
todas ellas sean catalogadas palabras en vía de ser extinguidas.

Porque hay PALABRAS que SANGRAN,
al escribirlas, al pensarlas, al recordarlas.
Sangran ellas, sangro yo.

De la fugacidad a la eternidad los mejores logros de la Naturaleza.
Lo efímero ama a lo perpetuo y para lograrlo nada mejor que
la atracción, el sexo y los mil modos de la reproducción,
incluidos los que no incluyen los dos géneros.

El deseo del otro, o de uno mismo clonado o partido en dos
para seguir siendo, guía como insoslayable imán la real
esencia de la vivacidad, esa apasionada amante de todos
y del Todo. Me están recordando todo esto las semillas voladoras.
Vincular nuestros deseos a la frágil fugacidad de los vilanos
- este otro tipo de mómadas del viento - tiene tanto de bello capricho
como de vínculo a la primera tendencia de todas las tendencias.



Pide un deseo

Pide un deseo. Ahora, mientras escuchas estas palabras. O mejor, pide cien. Sé cómo hacer que se cumplan. Pero tendrán que ser honestos.

Sal ya mismo a la calle. Encuentra un prado, un jardín, de aquellos con muchos soles entre los verdes. Soles de niño emocionado. Acércate a uno y obsérvalo, tranquilamente. Serás consciente de su ser. Decenas de flores amarillas son su esencia. Decenas de flores que parecen solo una: *dens leonis* o diente de león.

En este momento te pido paciencia y delicadeza. Enfoca tu mirada y tus deseos. Verás que cada pétalo es una flor, una lígula de falda larga. Son bellas como tus anhelos y serán ellas quienes los cumplan. Todas están muy juntas, empujándose hacia el epicentro. Se elevan sobre un largo tallo, un escape, para estar expuestas al viento y a las sonrisas.

Un poco más abajo, están sus estrellas. Rosas de hojas verdes, de alma lechosa y paladar intenso. Y ya en la oscuridad, su raíz de café caliente, vital y reconfortante.

Vayamos a tus deseos. Como los frutos, tardan en madurar y lo están haciendo en cada sol, en cada flor. Escoge una, aquella en la que reconozcas la señal. ¿Que cuál es la señal? Sencillo: Una esfera de plumas. Un redondo velo de semillas. Pero cuidado, no lo toques o volarán tus deseos antes de tiempo.

Haz que tu cuerpo descienda, hasta que tus labios estén a la altura de la esfera. Tumbada sobre la hierba recuerda de nuevo tus deseos. Bésalos con un profundo soplo y ve cómo vuelan. Ascenden para cumplirse, para ser reales, para existir ¿los ves?.

Hay que darle las gracias al *Taraxacum officinale*, el cumplidor de sueños. Ya sólo tienes que creer en ti.



William Blake anticipó esta verdad:

"un solo petirrojo enjaulado enfurece a todo el cielo."

El poema de la Vida es su libertad. Lo olvidamos convencidos de que es exclusiva creación nuestra para nosotros mismos.

Ciertamente la libertad del viento y de los aleteos,

de esos caminos que andan que son los ríos;

en fin la libertad de la sabia savia que nos salva,

es de otro tipo. Esa que llegamos a intuir

los que decidimos acompañar, lo más solos posible,

a más bello espectáculo: la Naturaleza que nos hace libres.

Porque poco, o nada, libre es el que encadena o se encadena a la domesticada línea recta.

Plantar cañaverales

Quisiera reventar las jaulas
y plantar cañaverales,
ver ruiseñores y garzas
robar al viento sus modos.

Limar cenizas
de tu tallo el bambú,
alternar las hojas que rehílas,
tañer papiros del aire.

Encarnar rizomas de versos siseantes,
desnudar las sílabas
de "arundo", "donax" y cañas.

Y enamorarme de las náyades,
que aman por descuido.
Ser cuerpo de agua dulce,
Siringa en las riberas.
Con mirlos y carriceros,
emplumar tus panículas

Quisiera reventar las jaulas
y plantar cañaverales.





En el lado salvaje nada, ni nadie quiere ser otra cosa que lo que ya es.

La conformidad con la propia forma y la adaptación al propio habitat se salda con la inexistencia de la pobreza,

esa monumental tragedia exclusiva de los humanos.

Disculpemos, claro, la voluntaria que unos pocos consideran deber moral.

Conviene recordar que, muy al contrario de lo publicitado,

la prototípica pobreza no es demérito del que la padece,

es logro del acumulador, es creación de la riqueza.

En la Naturaleza no hay pobres, ni excluidos.

Mucho menos las planta alguna, como la clemátide.

Lo vegetal es la riqueza compartida por lo vivaz.

Es más, fuera de nosotros nadie contrae deudas,

nadie gasta nada que ya no tenga.

Nadie quiere ser otra cosa que lo que ya es. Inelucto.

Pobreza solemne

Aquella pordiosera desconfiaba a diario hasta llegar río. Madrugado el otoño, se disolvía en las sombras confundiendo sus harapos con la hojarasca del sotobosque. Buscaba las noches para ocultar el hábito que le proveía de oficio. Hurgaba entre las copas de jóvenes alisos, trepaba entre las ramas, manoseaba las hojas a tientas. Toda una ceremonia donde sus dedos, huesudos y angulosos, matrimoniaban con los sarmientos de la clemátide. No quería tentar a la suerte y que el Santo Oficio la tomara por hechicera impía. No quería ser llamas.

Hallaba su cosecha en gavillas de bejucos. Brazadas que se enredaban y ascendían hasta solearse luminosas. Unos puñados de hojas que escondía en su pecho, que atesoraba hasta su cubículo de matojos. Un confidente anónimo que llamaba hogar. Allí calmaba los dolores de su pierna, la que arrastraba por las calles y ventas. "La coja", ella sólo era "La Coja".

Machacaba y restregaba las hojas sobre su miembro inerte. Llagaba su piel, la enrojaba, vistiéndola de lástima y caridad su vida. Así mendigaba penas y mendrugos. Había encontrado un qué hacer al dormitar su mal con artes de curandera. A ratos, harta de pedir, volvía al río en pleno día. Se apostaba bajo las sombras de la clemátide a enajenarse con sus flores. Blancas y perfumadas, como las damas adineradas. Era la fortuna de una pobreza solemne.

Nunca supo su nombre, para ella era la "hierba de la pordiosera", su hierba. La vid blanca trepadora, la *Clematis vitalba*, era no más que su día a día. Aunque a veces sonreía al ver sus plumas de tonto juglar enamorado. Yo recuerdo su sonrisa.

Allí, en el seno de las Encantadas,
estaba el brote de la mayor comprensión que nos asiste:
la evolución como origen de las especies.

A la mente de Darwin acudió la idea más trascendente
precisamente por ser transgresora de lo trascendente.

De pronto lo sobrenatural era parte de lo natural.
La creación es empeño y logro de la creación y no de un Creador.
Darwin sobrellevó el peso aplastador de sus propios pensamientos
que le excluían de la sociedad de su tiempo.
Arduo pero no tanto como haber promovido
el mayor cambio de paradigma de la Historia.

Originó la más original y verdadera
aproximación al origen. Ahí es nada.

Retrato de Charles Darwin

Hay algo inquietante en este retrato de sir Charles Darwin. Cubierto con un amplio gabán y tocado con su sombrero negro, mira sin interés a la cámara de Julia Margaret Cameron hacia 1879. Sus ojos, de niño profundamente desencantado. El hombre derecho se apoya sobre una de las columnas de su hogar, Down House en el condado de Kent. Imagino a Margaret, la fotógrafa, preparando las placas bajo el gran roble de la trasera de la casa.

Sobre la columna de la imagen dormita una planta trepadora, sinuosa, vestida de invierno, que aporta más desconsuelo, si cabe. Vemos sus tallos sarmentosos, a cuyo estudio dedicó días completos. Observaba y anotaba la dirección y velocidad de sus movimientos. Así, hacia 1850, escribe:

Abril. *Lonicera brachypoda*. Sigue la dirección del sol en la habitación caldeada de casa. Para completar el primer círculo emplea 9 horas y 10 minutos aproximadamente. Para el segundo 12 horas y 20 minutos.

Tan asépticos comentarios dudo que estuvieran exentos del dulzor de sus fragancias, donde las bocas florales elevaran su melancolía. Estas no figuran en la foto, solo las pequeñas manos que enredan su crecer. Todo es sepia y plano; siempre me ha parecido que encierra cierto simbolismo. Creo que Darwin decidió retratarse junto a la madreselva. Ella sería el alter ego de su alma errática, de giros ambulantes entre la luz de la fe y la claridad científica. Círculos de dolor y sosiego en el origen de las especies. Pero nunca tendré la certeza.

La miel ha escrito proezas: espontáneas, científicas, literarias. Inseparables unas de otras.

Si todos los que alguna vez han comido o, regularmente, comen miel fueran conscientes de lo que precede al dulzor, seguramente sus relaciones con la Naturaleza serían muy diferentes.

Es cima de la Biología el descubrimiento de las danzas orientadoras de las abejas.

Es cima de la Literatura la biografía que de ellas Maeterlinck escribió.

Es cima de la Historia de este planeta la acumulada comunidad social de estos insectos.

Es cima de los favores no reconocidos la implicación de las abejas en la continuidad de la vida, la muestra, en destacado lugar, incluida. Es más, si no hubiera miel, no habría una Naturaleza tal y como la conocemos.

La inteligencia de las flores atrae a la de las abejas y la miel alimenta a la muestra.

Todo lo mejor se entrelaza; lo peor empieza cuando se rompe el vínculo.

Señales del néctar

Amanece abril, el sol calienta con pereza el aire. Empiezan los primeros vuelos. La colmena ya expira vida alada y un zumbido vívido serpentea entre los prados.

Pequeñas pecoreadoras se mueven en un aparente pero falso azar. Están desplegando sus dotes de rastreo, van más allá de lo que vemos. Han puesto sus mil ojos sobre un manto gris y amarillento, así ven los pastos, en búsqueda de un color oculto, casi quimérico. Su destino son las dedaleras de manto púrpura, del que únicamente descifran su azul.

Indagan en las formas discontinuas de las corolas y encuentran cuatro labelos de contornos accidentados. Sus ojos oscurecen el verde de las hojas lanceoladas, para focalizar un destello ultravioleta en el ser de la flor.

Ahora son los claroscuros su diana, interpretados por los ocelos de una flor acampanada. Máculas blancas de corazón caoba, invitan a un descenso gratificante.

Una abeja solitaria ahonda en la intimidad del gineceo, siguiendo las señales del néctar.

Un cuarteto de anteras ojivales vierte su polen, mientras ella se embelesa muy dulcemente.


Es solo la primera, vendrán cientos más. Nectareros que apelarán a su instinto, en los que sucumbirá para bien de todos. Bondades enlazadas, anónimas.

Hace tiempo que yo sucumbí a esta danza.

Ya siempre miro a las abejas enamorarse de las flores.

La miel inicia su camino.





Nada debería quedar menos descuidado que muestra capacidad de asombro,
de desplegar miradas admiradas.

No resignarnos a ver desaparecer lo que acaricia tu emoción
se convierte en compromiso moral.

Lo bello llega a ser sublime cuando lo defiendes
y es que la más bella creación de la inteligencia es la ética,
que si es ecológica, a nadie ni a nadie excluye.

Es acariciar con tu compasiva admiración a todos y al Todo.

Sublimidad

La caléndula era sublimidad estética en sus atardeceres.

William Turner estuvo expuesto, de manera voluntaria, a la belleza salvaje de las catástrofes naturales. En todos los fuegos álgidos, en todas las violentas olas de ocre y siena se desmoronan los pigmentos de la caléndula, como si el atractivo capítulo floral fuera siervo cada atardecer de su romántica contemplación.

Aquella mirada penetrante hacía plegar una a una las lígulas tudescas. La luminosidad velada de aquel año sin verano, rendía pleitesía a las cenizas del Tambora. El abril de 1816 reventó la Tierra en una erupción de dimensiones pictóricas y literarias. Aquel velo vertido desde el volcán, hurtó el estío, pero regaló prosas tenebrosas a Byron y Shelley.
¿Recuerdas Mary las margaritas de Prometeo?

William entornaba los ojos mientras la planta se desdibujaba. Las hojas espatuladas apremiaban sus verdes en los asomaderos del tallo. Allí agrupadas, fundían verdes en las acuarelas de su retina. Unas pinceladas y toda la clorofila se volcaba en torno a mares embravecidos. La flor entera olía a sal y rocas golpeadas.

Cuantas veces he notado en el paladar el amargo sabor de los pétalos, como si alcanzara los días acres del pintor. Porque la amargura se saborea, no tengo duda. Entonces imagino al artista hosco y taciturno, desmenuzando esa corona de semillas. Sus manos se pueblan de simientes naviculares, embarcaciones fértiles que enraizan en su memoria.

Aquellas formas encorvadas se le antojan metáforas de una embarcación temeraria que busca el último atraque.

Ya solo queda un lienzo vacío, donde ruedan los últimos colores de la arcilla. La tarde cae en una floración secular, pronto amanecerá.

La huerta enseña a convivir.

Son tantos los encuentros allí abrazándose que ninguna plaza mayor alcanza ni tan siquiera asomarse a sus tobillos.

Relaciones cruciales que mayorías beneficiadas ignoran.

Comem pero poco, o made, saben de lo que nutrió a lo que les nutre.

Porque en nosotros desembocan, con cada bocado, agravaceros y soles, hálitos y sepultadas raíces tan rodadas de vida que no hay más en parte alguna. Por pequeño que sea lo que mastiquemos allí cantan paisajes enteros, procesos esenciales, viejas sabidurías. Si es lo no domesticado lo que entrevera tu menú, entonces podremos añadir que estamos comiendo una pizca de la bella y libre Historia de la Vida.



Tiempo para mí, tiempo de verdolagas

He amanecido como un Allegro ma non troppo. Feliz, pero no en demasía.

He abierto los ojos con apetencias gastrobotánicas y mis tímpanos buscan seducirse con Chaikovski.

He despertado mi consciencia. Mis lóbulos parietal y temporal acuerdan con el juicioso lóbulo frontal cómo ha de comenzar la mañana. Y es el occipital el que guía mi búsqueda:

Primero paso: Audición del Concierto para piano y orquesta n.º 1 en si bemol menor, opus 23.

Segundo paso: Apertura del "Tratado de plantas silvestres culinarias". Página 9: Portulaca oleracea. "Verdolaga, hortaliza porticada"

Tercer paso: Sosiego y armonía para la apreciación pentasensorial.

Tras los efectos de un cálido café, tomo unas tijeras y me acerco al huerto. Huele a geosminas otoñales. Con mesura recolecto tallos jóvenes y hojas, no más. Tallos sonrojados y carnosos, como las piernas de los angelotes de Murillo. Las hojas glabras, turgentes como senos de pincel goyesco. Verdes, muy verdes.

Prescindo de las flores. Me recuerdan los nenúfares amarillos flotando plácidos en un charca clorofílica. En su centro un oasis de estambres, como palmeras en un desierto limonado. Algunas semillas aparecen en la planta. Diminutos sacos de carbón, como caracolas de diseño. ¿Me silban a mí los estorninos?

No sé, pero me gusta. Igual están animando a las semillas a caer hacia la espera.

Camino con los pies descalzos, la tierra húmeda pasa a hierba fresca. Los dedos se cubren de cosquillas.

En la cocina siguen los músicos interpretando a Chaikovski. Aplicados, no han parado en mi ausencia. Troceo la verdolaga, lamino unos tomates, pico finalmente una cebolla, delinee unas tiras de rúcula... por fin, empiezan las esencias a elevarse, el aire se llena de matices blancos, rojos, verdeosos. Aderezó la sinestesia con sal y menta. Unas gotas generosas de aceite de olivos centenarios y el pico justo de limón.

Tomo un tenedor. Estoy a punto de convertir la melancolía otoñal en alegría botánica y hortícola. ¿Por qué no?

Mi paladar se detiene a degustar, sin prisa, tomándose mi tiempo.

Mientras paladeo, los músicos van callando y entra una voz, conocida, sensual. Cierro los ojos cuando Luis Eduardo Aute me susurra: So slowly, so slowly...



Nada está desatado. Todo es abrazo. Vivires vincularse, estar vinculado.

Algo que la especie mezquina, la muestra, quiere olvidar.

La única independencia real parte del reconocerse dependiente
como los amantes el uno del otro.

Ahora cuando buena parte de la multiplicidad vital pende
del débil hilo que son nuestras ideas y decisiones necesitamos,
la Natura y nosotros, una declaración de dependencia, un enamorarnos.

La vida futura precisa que aceptemos que somos por lo que
no somos. Somos por la luz, por el aire que fabrican y
depuran muchos otros seres vivos. Somos por los regalos que nos
hace el agua. La Huminidad depende de la humedad,
de la lucidez de la luz, de los vuelos del aire.

Depender de lo que de nosotros depende debería desembocar
en comprensión, incluso en agradecimiento.

Podríamos llegar incluso, reitero, a la reciprocidad sentimental
a ese insuperable estado de la materia que alcanzas cuando amas.



Un sisón entre achicorias

Aquel sueño fue extraño pues caminé con Alfanhuí.

En los yermos no corrían alcaravanes, sino sisonos sombreados.

Un barbecho trenzaba nuestras noches con los surcos del olvido. En un escriño de
zarza y centeno, yo recogía hojas de achicoria, él hacía guirnaldas con las flores
azuladas.

Cantó un gallo de veleta y descendimos a lomos del sisón, sobre un surtidor de pólenes
blancos. Un sol de lenguas lilas enseñaba cinco dientes diminutos y cinco lagartos ocelados
libaban en sus rayos.

Era septiembre o julio, sin prisa alguna. Mi otro yo era consciente del ensueño, de aquella
navegación vegetal, pero el disfrute era tanto que ahondé en la espiral de la inconsciencia.

Las plumas esteparias emborronaban hojas espatuladas, donde los ojos amarillos recogían savia
esmeralda en ollas de cobre. Con ella pintamos tallos y hojas carnosas, que
mordisqueamos a la hora del ángelus. Emprendimos una siesta a la sombra de los vilanos que al
despertar nos elevan al siseo de las aves.

Caemos. Nos hundimos en la tierra, hasta alcanzar el café caliente de las raíces. Un amargor
dulce nos puebla las palabras, que al pronunciarlas saben a endivia. Hay humedad latente que se
bombea en sístole y diástole a la altura de las brácteas espinadas. Somos agua, en la vida y en
el sueño, ascendemos por el xilema hasta liberarnos en los estomas: volatilidad generosa.

Las nubes se hermanan en este delirio somnoliento. Lloremos sobre los linderos, donde los pollos
se aterronan de frío y futuro. Mientras la achicoria cosecha caracoles que colmarán esos buches.

Entonces Alfanhuí me mira y pregunta ¿Sabrá el sisón de los desvelos de la achicoria?
No, respondo, solo despierto.



autor: más optimismo por amplias razones de la geografía peninsular, después de los peregrinos agiles, para su sustitución

Agua erguida que come luz.

Temacidad para vencer mezquindades.

Conta cuando el viento. Respira para que respiremos. Su altura nos eleva.

Por todo esto, el árbol es la mejor ocurrencia de la Vida.

Nunca debería caer pero acabarse también es saber vivir

pero son demasiado pocos los que alcanzan su tiempo cumplido.

Veinte millones de árboles mueren todos los días

por decisión, error o descuido de otros erguidos, hijos suyos.

Pocos escuchamos que por el aire transita un alarido de terror

que lanza la Tierra desnudada.

Pocos se horrorizan por el vacío que dejan

sobre la piel del mundo y en nuestras emociones.

Una linde en el silencio

Hay una linde en el silencio que rompe el azar. Sí, el árbol al caer solo en el bosque tiene sonoridad.

El prólogo son unos segundos en que el paisaje enmudece, previendo el lance. Cesan los herrerillos, callan los mitos y las garzas miran con su escorzo escultórico. Las persicarias almohadillan sus hojas, recibirán al álamo en su derrumbe.

Una disonancia de acorde seco es el preludio. Luego el crujido, el desgajamiento, eternamente breve. Cien violines afilados y un rubor en las panículas. En la caída el contraluz se vacía, el perfil vertical desaparece. Ahora es la transparencia quien todo lo aborda.

La luz se tamiza entre las ramas, mientras crepita "in decrechento". Una réplica sorda contra el suelo y un chapoteo efímero sobre la ribera. Vuelve el silencio.

La claridad baña el herbazal ya huérfano de sombra. Las persicarias elevan sus tallos reptantes, que se vuelcan para enraizar. La oquedad de la luz abre nuevos futuros, las plantas saben leerlos. Con paciencia las máculas de las hojas van cubriendo el tronco; de manera pausada vuelven los trinos y el viento. Los tapices rosados dan presencia al duraznillo. Uncido de albor se hermana de lúpulos y bayones. Mas tarde llegan las esporas del ayer, que pronto serán mañana. Cuajan de micelios las fortalezas del temblón desvencijado.

Quedan viudas las raíces bajo los cuarzos yertos de la albura. Aristas aun vivas y latentes, volverán romas sus cumbres.

Huele a tierra enmohecida, a incógnitas de agua, a oscura fecundidad. Sobre el desventrado firme, un brinzal de fresno vuelve a principiar la vida.

He caminado descalzo por una turbera
con las botas colgadas del cuello.

Recuperé la sensación primera
que conecta lo erguido con lo tumbado.

Noté cada uno de mis pasos como un beso de terciopelo
que me daba el suelo vivo.

Aunque la escribí mucho antes acabé de comprender por qué
escribí aquello de que la tierra ama nuestras pisadas y teme nuestras manos.

Esas que demasiadas veces arrancan, socavando, las turberas,
destrezas formidables como las plantas carnívoras.

Darwin las consideró la más asombrosa adaptación.



Vengo de existir en otros

Vengo de existir en otros y que otros existan ya en mí.
Vengo de hibernáculos de otoño, de vientres minúsculos de zancos afilados.

Ya hundí en esponjas mis rosetas, de musgos y atollares.
Rotundo es el decir de mis hojas, erizadas de los engaños de la necesidad.
Abro mi hambre a la nada, en la que habito, pero no devoro.
Sacio mi rocío de soles y austeridad,
así nutro mi leyenda de carnívora Drosera.

Pliego mis tentáculos sin despecho,
para llenar la andorga de otras savias.
Brillan sus gotas en los tremedales,
donde el silencio es cómplice y deseo.

Ahora vienen mi suertes cambiadas,
para que me trague el acero de la codicia.
Ahora es otra la acidez que soporto,
bilis de ignorancia y virtudes diletantes.

No serán hoy las turberas mi hogar,
seré enterrada en una amalgama de cementos y mentiras.
Pero no todo está perdido,
pues vengo de existir en otros
y gracias a tu venir existiré.

Nada, mi madre, sobra en este mundo.

Pero si, en el más imaginario de los naufragios,
hubiera que tirar algo por la borda para aligerar peso,
deberíamos elegir lo masculino.

Vivacidad, Vida y Natura son femenina prestancia
de lo fundacional, alimentador y protector.

Conviene recordar que la destrucción de la multiplicidad y sus hogares
es la máxima expresión del machismo más maltratador.

Ese que tenemos que derrotar

recordando la advertencia de la Diosa Blanca de que

"debemos vivir en armonía con el resto de las criaturas vivientes",

como acertó a rescatar Robert Graves.

Nada, mi madre, sobra en este mundo

Y dios nació mujer

Y dios nació mujer,
arrancando del agua en las raíces del aliso.

Sus pies se embarraban para sustentar las orillas, amasaba así los limos de la creación.
La simbiosis con lo mínimo nitrificó el ayuno, dio nombre al mutualismo de la necesidad.
Una piel apacible cubría su tronco, para que la vida tallara en ella los fríos y las noches.
De la esfericidad en sus lenticelas surgía la inspiración y la espiración,
la rotación y traslación de todos los gases etéreos que a todas nos viven.

Los discursos baldíos secaron sus hojas, condenándola a la desnudez de los ciclos.
En los inviernos refugiaba entre sus yemas los miedos y tristezas de la incultura.
Aun, bajo la corteza una médula vegetal palpitaba las savias lactantes:
hojas muertas retornarían a la vida. La gravitación de esa hojarasca durmiente
amamantaba las humeiras por venir, un perpetuo tornar del hoy al mañana.

Solo quedan tres huellas de sus haces vasculares, laceraciones de voces yermas, estigmas de
la resistencia. Surgen de sus amentos las flores de unas y otros, abiertos a la panmixia del viento.
Después brotarán sus hojas mordidas, de nervios vívidos para vindicar la exuberancia.

Entonces unas manos esculpirán la metáfora de las semillas, levantará un busto a partir de las simientes.
La "Madre Tierra" madurada en vetas y óxidos, en sangre y arcillas.
Levantará una diosa carnal y terrena, que lea la historia de lo que somos y seremos.

Y dios nació mujer y la humanidad la hizo efigie
para recordar que la DIVINIDAD GERMINA en los SERES FECUNDOS.

Postdata

Con ocho o diez años salvaba muchas horas contemplando las plantas. Pasaba largas temporadas en la finca de unos familiares en medio de la nada. Mi nada se acompañaba de mucho silencio y soledad en el campo, donde me dedicaba a tareas que hacía por obligación pero sin acabar de entenderlas. Tenía que recoger hierba para las gallinas, para los conejos o para los pavos, labor que me permitía observar cada trébol, cada espiga de trigo, cada avena olvidada, los cientos de dientes de león... vamos, que me detenía en cada una y todas ellas, tardando mil horas en terminar las tareas, con las consiguientes regañinas y castigos. Recuerdo también mis actos de rebeldía tras las reprimendas, plantando los huesos de las cerezas delante de una gran nave agrícola, para que cuando crecieran, no pudiera nadie sacar el tractor, en fin... confesiones.

Hay días que me vienen olores de hierba segada, volviendo a aquellas mañanas en que aprendí el olor de la clorofila, el tacto de la cardencha o la ovación del viento sobre los chopos. Creo que nació mi penta-sensibilidad. Poco después, tomando prestado un libro de mi hermano, comencé a saber cómo se llamaban aquellas cómplices de mis despoblados, a interpretar sus floraciones, la morfología de sus hojas, la riqueza estética de sus semillas. Y cayeron en mis ojos los primeros textos de Joaquín Araujo, un hombre en el que parecía que el campo hablara. Pasaron unos cuantos años hasta hoy, que escribo junto al Maestro, a quien tanto tengo que agradecer: ¡Salud y gracias, Quine!

He querido trazar una postdata, pues más que presentar los textos (que ya lo han hecho mi querida María José Parejo y el inagotable Tomás Fernando), deseaba aportar algo distinto; aquello que no conocía antes de empezar a escribir este Herbario y aquello otro que no recordaba, es decir, el significado de la postdata.

En estos cinco años "Habitando el Bosque" he conocido un buen número de humanos que tienen el mismo sentimiento que yo hacia las plantas, la "botanofilia" que nombran mis queridos Ana y Augusto. He aprendido nuevas especies, anotado cientos de usos a través de las charlas con paisanas y paisanos; he visto grandes paisajes de toda la península y miles de micropaisajes (que son los que me atrapan). He conversado con gentes de todos los puntos cardinales, dándome cuenta de que la botánica es, ciertamente, una ciencia amable, un trueque emocional e intelectual.

Pero también he recordado que no hay que atravesar el Amazonas o el Kalahari para somatizar las experiencias vitales. Hay más aventura a bordo de una cipsela que en muchas expediciones comerciales al Everest. Para ello hay que acercarse a esta biodiversidad desde muchas retinas: la danza de Manuela y Luna, la pintura del Maestro Fueyo, la escultura de Coral Corona, la música de Aute y Manolo García, la poesía de Raúl Vacas y María Sánchez. O desde la necesaria ausencia de prejuicios e ideas preconcebidas de mis admiradas filósofas Noa y Victoria, pequeñas pero muy grandes... Y sí, mucha ciencia, claro está.

Esta es la postdata de un agradecido con la naturaleza, con todas y todos aquellos que la comparten, conservan y recuperan. De un biólogo que quería que se hablara más de la plantas y se puso a ello.

Y, por supuesto, quería dar las gracias a mis amigos y amigas por lo mucho que me ayudan (sabéis quienes sois si ahora estáis sonriendo). La mejor manera que he encontrado es escribiendo este Herbario Sonoro, junto a mi querido Araujo y la genial Coral Corona: El libro es una galería de arte gracias a sus manos.

Y cierro con una nueva siembra: el libro se convertirá de nuevo en Arte y Naturaleza pues hemos donado todo los beneficios económicos al proyecto *"Arte Emboscado"* de la Fundación Tormes-EB, creada por la familia Espinosa Barro, con quien la sociedad, los paisajes y yo tenemos una deuda vital.

Espero que leáis estos pliegos botánicos en el campo.

Así que, poneos las botas que estáis tardando.

¡Arriba las ramas! ¡Arriba las almas!

Raúl Alcanduerca
- Biólogo y botanófilo -

contraportada

Herbario Sonoro, firmado por **Raúl Alcanduerca**, alias botánico en las redes sociales de su autor, es un nuevo género no sólo radiofónico sino también literario y, por qué no decirlo, científico. Prosa poética y botánica. Ciencia y lírica. Sin duda, una forma de divulgación infalible. Desde la primera página del primer herbario escrito por Alcanduerca, pasando por su guionización, su ambientación musical, la grabación y el montaje dentro de cada edición de *El bosque habitado de Radio 3*, es una obra de creación artística, de inspiración.

Cincuenta textos a modo de pliegos botánicos, elegidos entre todos los locutados para el programa, a los que **Joaquín Araújo** da la réplica con su caligrafía filosófica, lógica y ecológica. Son sus seductores "*repentismos*", actos reflejos cargados de reflexión, surgidos en su finca de la Vento, al amanecer o al anochecer, de nuevo emboscado. Y una virtuosa creativa, **Coral Corona**, completa el proyecto con un diseño gráfico que dota al herbario de las dimensiones de una exposición de autor; cada apertura de este libro es una instalación artística en sí misma.

Los diversos mutualismos creativos, científicos y gentilhumanos que se enredan en este Herbario Sonoro son la prueba de que sí, que la Revolución de los Conmovidos y de las Conmovidas existe. Y que la belleza puede acaso sorprendernos para nunca darnos por satisfechos. ¡Arriba las ramas!

Este libro se convertirá de nuevo en Arte y Naturaleza pues sus autores han donado todos los beneficios económicos al proyecto de creación "Arte Emboscado" de la Fundación Tormes-EB.